

**CONFERENCIAS DEL
PRIMER CONGRESO NACIONAL
DE CASAS DE ARAGON**

EDITADAS POR EL EXCMO. AYUNTAMIENTO DE ZARAGOZA

Conferencia Inaugural del
I Congreso Nacional de Casas de Aragón
pronunciada por
D. Luis Horno Liria
el día 7 de octubre de 1959
en el salón de sesiones de la
Excm. Diputación Provincial de Zaragoza

Excmos. e Ilmos. Señores,

Señoras,

Señores:

Una iniciativa feliz, felizmente realizada, reúne hoy en esta sala a los representantes genuinos del Aragón disperso, es decir, a los presidentes de aquellas Casas en las que los aragoneses alejados de su tierra han querido unirse para compartir su nostalgia, saborear las esencias de sus pueblos y ayudarse mutuamente en una existencia cada día más dura para todos, pero que en su caso lo resulta mucho más, pues viven lejos de los suyos y acaso algunos sepan que ya nunca más han de volver a convivir con ellos. Convencimiento que da un carácter de singular emoción a este momento, pues al abrazar nosotros a estos paisanos, abrazamos en ellos a todo el Aragón lejano, y este Aragón recibe nuestro abrazo y lo devuelve con ese afecto que la ausencia decuplica.

Emoción que, sin embargo, no he de ir a ponderar ahora, porque quiero huir de cuanto sólo finca en lo sentimental y, por tanto, pronto se esfuma y desvanece, y quiero, por el contrario, dialogar con ustedes brevísimos momentos sobre el mejor modo de que nuestra reunión —tan difícil, tan costosa, tan excepcional— sea lo más fructífera posible.

Tiene que serlo. Ustedes ostentan una representación de valiosísima importancia. La de muchos mi-

les de aragoneses; casi 185.000, según el censo de 1940; 91.000 de los cuales viven en Barcelona; 19.000 en Madrid; 18.000 en Valencia; 7.000 en Lérida; 6.000 en Tarragona; 5.000 en Castellón; 5.000 en Navarra y el resto en núcleos menores, dispersos por toda España, pero siempre alejados del perímetro del Aragón oficial. Nosotros, por otro lado, somos parte importante del Aragón oficial, en cuanto que Zaragoza acaso pueda ostentar hoy la dirección del movimiento cultural aragonés y en cuanto que sus órganos de opinión son los más resonantes que Aragón posee en el ámbito nacional. Unidos estos dos factores han de producirse —forzosamente, si no somos todos manifiestamente ineptos— frutos provechosos, duraderas consecuencias.

Y quizá sea el primero de ellos —quisiera que lo fuese, al menos— el de que todos nos percatemos de que, desde el punto de vista de la realidad —que, además, es el de ustedes—, Aragón no es sólo las tres provincias de Zaragoza, Huesca y Teruel de nuestros días, sino un territorio mucho más amplio, es decir, el de la antigua Corona de Aragón, con cuanto de proyección histórica e intelectual puede ello llevar consigo. Aragón, en este sentido, es Cataluña, es Valencia, es parte de Rioja y parte de Navarra, son las islas del Mediterráneo y es, también, el Mediodía de Francia. Lo es porque lo ha sido, y porque en todos esos territorios sigue habiendo colonias aragonesas, cuya representación, precisamente, son ustedes. Aragón es también Madrid, en cuanto que Madrid es capital de España y España, en gran parte, del esfuerzo aragonés proviene. Aragón tiene enclaves y raíces en Vasconia, en Galicia, en Castilla, en Andalucía, en tantos sitios más. Y al otro lado de los mares, y es de lamentar que hoy no estén aquí sus representaciones, aragoneses hay —y, por tanto, Aragón está con ellos— en Buenos Aires, en Caracas, en Méjico, en Cuba... Aragoneses hay en todo el

ancho mundo. Ustedes están hoy en sus distintas ciudades, sintiendo en aragonés, viviendo a la aragonesa, afirmando así, con su sola presencia, la viva fortaleza del ser de Aragón. Y además, la huella histórica de nuestros antepasados no puede borrarse, no se ha borrado de ningún sitio, a no ser de nuestras pobres cabezas, incapaces por debilidad de recordarlas, o ignorantes de su conocimiento porque, para vergüenza de muchas generaciones del Aragón oficial, apenas si se nos ha enseñado a todos en qué consistió y cuál fue la significación histórica de nuestro Reino.

Ustedes no piensan así. Ustedes saben que lo aragonés ha de radicarse en una historia y expandirse en un presente de pujanza, mediante el instrumento de un carácter. Ustedes saben que el regionalismo a la antigua, discriminador de diferencias, solicitador de independencias, no puede hoy subsistir, que es anacrónico. Hoy el mundo no tolera Estados pequeños, ni desorganizadoras diferencias. Ustedes luchan contra unas fuerzas asimiladoras, universalizadoras, de un volumen tal que oponerles como baluarte de resistencia los tópicos tradicionales es oponerles muy poca cosa, tan escasa que sólo el pensarlo mueve a sonreír. He insistido ya muchas veces en lo anticuado del tópico aragonés. No quiero volver a repetirme. Quiero tan sólo decir, una vez más, que si para alguien lo aragonés es todavía lo baturro, ustedes saben que con sólo eso no se puede aspirar, hoy por hoy, a una individualización, porque lo baturro es la mayoría de las veces una entelequía, una vaguedad que hoy casi ya no existe y que antaño, además, fue abusivamente generalizada.

Viven ustedes en grandes, abrumadoras ciudades. Vivimos nosotros en una ciudad abrumada por la inmigración, y en unos campos y unos montes que se despueblan con ritmo inquietante. Nuevas colonias, nuevos aluviones de personal forastero van a injer-

tarse en los nuevos regadíos y se insertan cada día en las calles de nuestras barriadas. La televisión, la radio, el cine, el automóvil, las «vespas», han cambiado nuestros pueblos y los suburbios obreros de nuestras ciudades. En Aragón se está gestando un nuevo tipo de vida y un nuevo carácter. Fuera de Aragón, ustedes están enfrentados a diario con fuerzas asimiladoras fabulosas. ¿Qué va a ser de ustedes? ¿Qué va a salir del crisol en que se está forjando el aragonés medio de dentro de treinta años?

Yo creo que va a salir lo que nosotros queramos que salga, siempre y cuando no nos empeñemos en que vuelva a salir un tipo ya fenecido. Nuestra misión es la de vivir con la época, adaptándonos a ella con nuestra propia peculiaridad, haciendo en Aragón, a la aragonesa, lo que los tiempos requieren. Nuestra misión es hacer pantanos como el de Yesa, canales como el de las Bardenas, comercios como los de Zaragoza, industrias como cualquiera de las que aquí son nuestro orgullo, escuelas de aprendices como las de Casablanca y San Valero, hospitales y clínicas como los del Seguro y de San Juan de Dios, libros como los que edita la Institución «Fernando el Católico». Nuestra misión es progresar, progresar en el tiempo, al ritmo del tiempo y con el tesón y el amor a la verdad y a la libertad de nuestros padres. Progresar, aun cuando en el avance perdamos el acento, el cachirulo y hasta el habla coloquial de nuestra cuna.

¿Y la misión de ustedes? Son ustedes los que nos la tienen que decir, tal y como ustedes la comprendan. Para eso, entre otras cosas, les hemos llamado aquí. Yo, sin embargo, la veo como de nexo de unión de nuestros paisanos, de formación de su espíritu, conservación de nuestro carácter y de nuestro estilo, y difusión de nuestro ser actual.

Ante todo, pienso que ustedes han de ser nexo de unión. Ustedes han de reunir, han de agrupar, han

de hermanar a los aragoneses de fuera. Tarea no fácil. Pero logro merecedor del máximo esfuerzo. No dos, ni tres Casas de Aragón; una sola, y poderosa, y fuerte, y bien regida, y mejor hermanada. Para ello, instalaciones decorosas, olvido de personalismos, abnegación por el bien general. Ustedes han de aspirar a que no haya un aragonés que esté ausente de su Casa, y que esta Casa sea Casa de Aragón, y no de una familia, de un grupo, de una tribu, de un barrio, de una villa o de una provincia. No, Casa de Aragón, que es ser algo muy superior a todo eso. ¿Tan difícil es lograrlo? Seguramente que sí, porque somos como somos; por ello, lo señalo como una aspiración, que ustedes han de realizar en un futuro más o menos distante.

En estas Casas, ustedes han de formar el espíritu de nuestros paisanos, y también su cuerpo. Casas semejantes a casinitos de villorrio, de cafetín, copa y puro, partida de chanelo y larga parrafada, no le interesan mucho al Aragón alejado, la verdad. Menos aún las —hoy, por fortuna, inexistentes— del tipo del sedicente círculo recreativo, consistente este recreo en juegos de naipes, de azar o de envite. No, esto no interesa y, además, la vida lo está haciendo desaparecer a grandes pasos.

Interesan casas con finalidad formativa, educativa, asistencial. Casas de biblioteca, concierto, conferencia, función teatral, sección deportiva, clases de adultos, becas de estudios, hospital o clínica para los socios y sus familiares, quizá entierro pagado, excursiones colectivas. Interesa que la Casa de Aragón ayude a vivir al aragonés, le distraiga, le instruya, le solvete problemas, le socorra, promueva su actividad. Todo esto, lo sé, ya lo hacen ustedes. Pues bien, háganlo aún más; háganlo —si cabe, que ocasiones hay, y aquí hay testigos, en que no cabe ni por soñación el mejorar su labor—, háganlo mejor. Y, sobre todo, háganlo enfocado y orientado hacia

Aragón, que es su finalidad especial. Aragón está aquí, esperando su visita, esperando su ayuda y su estímulo, para devolvérselo centuplicado. El Pilar de Zaragoza, las torres mudéjares de Teruel, los castillos roqueros de Loarre y de Monzón, las catedrales de Jaca y Huesca, los monasterios de Rueda y de Siresa; las cascadas de Piedra; el barrio moro de Calatayud; las murallas de Albarracín y de Daroca; los Corporales de ésta; las tamborradas de Alcañiz; la filigrana de Tarazona; las huertas de Borja, del Jalón, de la Almozara; los regadíos nuevos y viejos de Cinco Villas; los viñedos de Cariñena y de Paniza; los embalses de Yesa y de La Sotonera; los hostales de Teruel, de Arguís, de Ordesa; los picos de Panticosa, de Benasque, de Sallent; los valles de Tena y de Ansó; la Colegiata de Alquézar y sus tesoros; la ruta carlista del Maestrazgo; los artesonados de la Aljafería, los tapices de La Seo; el tajo de Hoz de Jaca; el palacio de Sada, en Sos del Rey Católico; los Cristos de Lumpiaque y de Utebo; los pinares de Zuera y de Canfranc; las pistas de esquí de Candanchú... ¿Conocen todo esto los socios de sus Casas? ¿No les pueden ustedes traer aquí, para pasearlos por esos sitios y por otros quizá aún más hermosos? ¿No les pueden ustedes decir lo que todos ellos significan en belleza, en riqueza, en posibilidades de desarrollo y de esplendor para esta tierra nuestra?

Y llegados que hayan sido a ella, ¿no les pueden ustedes interesar en las empresas comunes? ¿No podrían ustedes, cada Casa de Aragón, no ya sumarse a nuestras campañas, sino adoptar nuestros problemas y nuestras empresas? ¿No podrían ustedes, aragoneses, patrocinar becas de seminario, de escuela de aprendices, camas de sanatorios, dotar y premiar tesis doctorales, adoptar salas de Facultad o de Hospital, fomentar estudios de investigación, prohiñar algún lugar concreto? Más de la mitad de los mo-

numentos aragoneses están en ruinas y se arruinarán aún más por falta de consignaciones suficientes. ¿Lo saben ustedes? Pues no podemos évtarlo. ¿Por qué no dirigen ustedes su atención, su ayuda, a uno sólo de esos monumentos? Piensen ustedes en lo que podrían ser nuestros Museos si cada Casa de Aragón se decidiera a regalar cada cinco, cada diez, cada veinte años un sólo cuadro, o a sufragar los estudios en el extranjero de un pintor, de un escultor, de un artista cualquiera aragonés. Piénsenlo. Desde fuera, ustedes pueden ser los «indianos» de Aragón, que de nada está más necesitado que del dispendio generoso, providente, clarividente.

Podrían ustedes, también, hablar a nuestros paisanos que en sus salas se reúnen, de la verdadera historia de Aragón. De su comienzo en San Juan de la Peña, de su lenta bajada a Jaca, a Huesca, a Zaragoza; de lo que fueron los siglos moros, con la obra de mudéjares y de mozárabes; de lo que significaron éstos para nuestras huertas y para nuestro arte; de lo que fue el arte cristiano medioeval aragonés, concentrado en tan gran parte en los Museos de Zaragoza y de Barcelona; de lo que fueron la obra y las personas del Batallador, del Monje, del Conquistador, del Ceremonioso, del Humano, de los Juanes; podrían divulgar lo que fueron las Leyes de Huesca y las Observancias, lo que significó el Justicia y cuál es hoy el estado de los Fueros aragoneses, tema tan actual como pocos puedan serlo; podrían evocar a Gracián y enseñar cómo deben ser leídos y entendidos hoy sus libros; entresacar y comentar páginas y episodios de los Anales de Zurita; dar a conocer a los discretos escritores aragoneses de los siglos XVIII y XIX; desentrañarles la verdadera significación histórica del Conde de Aranda y del Católico Don Fernando; evocar, por fin, una vez más y las que sean de razón, pues el tema será siempre inagotable, a los Sitios y a sus héroes, y a los otros hé-

roes, más próximos pero igualmente admirables, de nuestra última guerra civil. Tarea, como ven ustedes, hay de sobra. Pueden ustedes hacer mucho por Aragón explicándoles a los aragoneses nuestra auténtica, real historia, tan desconocida o deformada.

Y ello pueden ustedes hacerlo, como lo hacen, conservando nuestro estilo y nuestro carácter. Tocamos aquí un punto en el que yo he denunciado la existencia de mucho lugar común y en el que he expresado mi desconfianza de que incluso las posiciones más modestas y más favorecedoras de Aragón sean ya un puro tópico, porque haya desaparecido todo carácter aragonés. No lo sé, ni creo podamos saberlo en mucho tiempo. En todo caso, creo que podemos estar todos conformes en que han sido, y nos gustaría que siguieran siendo aragoneses, un cierto amor por la verdad y por la justicia, una plena afirmación de la libertad del hombre, y una modestia básica fundamental. Amor a la verdad, a la justicia y a la libertad; modestia de carácter; independencia de juicio. ¿Qué mas? Temple, rasmia, coraje. Eso es lo que amamos todos en la historia de Aragón y en los grandes aragoneses que hemos conocido. Eso es lo que queremos que sigan siendo nuestros paisanos, y para eso es para lo que hemos de educarlos. Sólo así formaremos su carácter a la aragonesa.

Pero ello supone una enorme responsabilidad: la de decir siempre la verdad y la de no ser nunca, a sabiendas, injustos; la de dejar que las gentes obren a su arbitrio, y la de obrar siempre callada, modesta, eficazmente. La de ser instrumentos útiles y no clamorosos protagonistas. ¿Podremos? ¿Sabremos?

No lo sé, pero espero que sí. Espero que ustedes y nosotros sepamos amar así a Aragón y formar Casas de Aragón en este estilo. Espero que de este Congreso nazca una revitalización —si preciso fuera— de todas las Casas aragonesas difundidas por España, que surja la creación de una Federación de Casas de

Aragón, e incluso la creación de una política común de apoyo de lo aragonés pensada eficazmente. Aragón tiene muchos, infinitos problemas. Esta generación —dicho sea en honor suyo— está enfocando muchos de ellos y resolviendo alguno. Acaso conviniera que cada año todo Aragón, el de dentro y el de fuera de sus límites oficiales, batallase unido por resolver, o cuando menos por mejorar, un solo problema. Acaso conviniera que ustedes viniesen aquí con frecuencia a decirnos lo que hacemos mal o lo que podemos mejorar, y que nos ayudasen, nos sirviesen de caja de resonancia para hacer ver y para hacer oír lo que hacemos bien o aquello en que tenemos derecho a que se nos atienda. Hoy es esencial la difusión de ideales, la propaganda. Ustedes son nuestras plataformas ideales de lanzamiento. Ustedes son, también, nuestros censores más desinteresados y más veraces. Tengan el valor cívico y la generosidad de serlo abiertamente.

Y si hacemos esto, ya verán ustedes como habremos hecho, de verdad, labor aragonesa. Esta labor que yo querría ver simbolizada en la figura de un gigantesco ansotano de «los que pasan la Canal», con sombrero en la cabeza, chaquetilla puesta, cierta cortedad de expresión, capítulos matrimoniales en el arca y un corro de tierra labrado en la falda de un monte con esfuerzo; uno de esos ansotanos, o chesos, o tensinos, cuyos hijos menores son los «comerciantes de altura» zaragozanos de que habló Moneva, o los industriales barceloneses o los políticos madrileños de todo lo que va de siglo; un hombre, en fin, que dista tanto en su ser y en sus obras del baturro de la jota y el burro de los cuentos al uso, como dista siempre la realidad de su caricatura. Hagamos, señores, Casas de Aragón para que los aragoneses de casta no acaben de perderla. Para ello, son ustedes, señores, los que inmediatamente tienen la palabra.

Conferencia pronunciada por
D. Antonio Beltrán Martínez
sobre el tema

Aragón y los Aragoneses

en el salón de sesiones de la
Excma. Diputación Provincial de Zaragoza
el día 7 de Octubre de 1959
con motivo del
I Congreso Nacional de Casas de Aragón

Se publica ahora el esquema o guión de la conferencia pronunciada con motivo del Congreso de las Casas de Aragón. La extensión del tema hace imposible su desarrollo completo; por otra parte, la conferencia misma no fue más que un esbozo de los complejos problemas que su enunciado plantea. Por este motivo, y en tanto no pueda estudiarse la cuestión con el detenimiento debido, con auxilio de todo el aparato erudito necesario, creemos que bastará con publicar el sucinto resumen que sigue.

Toda región está constituida por una serie de tierras, pobladas por unas determinadas gentes que se unen a través de coyunturas históricas, políticas, culturales o psíquicas. De suerte que intervienen muchos factores para lograr los necesarios elementos comunes que permitan que todas esas tierras y todas esas gentes puedan recibir un nombre común y estar sujetas a principios propios. Y podemos avanzar que *Aragón es un mosaico de tierras y de gentes unidas por la base común de sentirse aragoneses, dentro de una geografía diversa, pero concreta, y de una Historia esencialmente unitiva, acompañadas de factores comunes lingüísticos y de costumbres.*

Julio Caro Baroja («Los pueblos de España. Ensayo de Etnología», Barcelona, 1946, cap. último, pág. 491) pone de relieve algunas de las tachas que pueden oponerse a los estudios sobre la popular y de cómo los escritores «regionalistas», ayudados por los historiadores del mismo carácter, crearon una serie de tópicos y frases hechas, sobre la laboriosidad, el

tesón y la nobleza de los hombres de una región y la honestidad y recato de sus mujeres, cuando no la belleza y prodigalidad de sus tierras. Y menos mal si su «sociocentrismo», como Caro Baroja mismo diría («El sociocentrismo de los pueblos españoles», en *Razas, Pueblos y Linajes*, Madrid, 1957, pág. 263), no acompaña las loas, a veces desmedidas o inexactas, con denuestos y menosprecios hacia sus vecinos.

Quiere decirse que en una honesta investigación sobre Aragón y los aragoneses de muy poco nos valdrán ni los tópicos que hacen de nuestra tierra el colmo de las delicias y de nuestras gentes la síntesis de todas las virtudes ni, en el polo opuesto, lo tópicos populares que nos atribuyen exclusivamente tozudez, nobleza, una ingenuidad paleta y una capacidad infinita para ser protagonistas de chascarrillos o «baturradas». Así resulta que, como decía don Juan Moneva —ignoro si con verdad filológica— «baturro» venía a ser el despectivo de bato, hombre rústico y poco inteligente. Con esto y unas cuantas notas aisladas más se llega a obtener una alicorta idea de Aragón, con la que no podemos estar de acuerdo. Aun en los casos en que se hace intervenir a factores importantes, se juegan de tal modo que resultan radicalmente distintos a la realidad. Así, en Aragón nunca se habla de «la Pilarica», sino, con mucho más respeto, de Nuestra Señora del Pilar, o simplemente de «la Virgen». Y el serio y hombruno traje de la tierra no es el que se pasea por los escenarios como pintoresca y poco acertada caricatura. Y, por desgracia, podría seguir la lista de ejemplos, muchas veces nacidos ante la indiferencia nuestra y actualmente habiendo tomado carta de naturaleza, partiendo de los literatos costumbristas, entre esos falsos conceptos de cada una de las regiones de España y de sus habitantes, que están tópicamente asentados en el común sentir de las gentes (Luis Horno Liria, «El tópico literario aragonés», Zaragoza V, 1957, p. 83).

El plantear los problemas claramente es lo único que puede proponerse esta conferencia; y para echar a andar por camino tan difícil, es preciso que sepamos, o al menos que nos preguntemos, *qué es Aragón y cuál es la unidad de lo aragonés y de los aragoneses*. O dicho de otra forma, de qué modo se disgrega la unidad de las tierras y de los hombres de Aragón y cómo se une su, a veces extrema, diversidad. El afán esquematizador simplifica fenómenos complejos en una síntesis que sólo exhibe algunas notas; por ejemplo, cuando la música popular aragonesa se convierte exclusivamente en la jota; o el traje bastante variado de las comarcas que se extienden desde Ansó a Teruel y desde el Moncayo a Fraga, queda reducido a un calzón exhibiendo descomunales marinetas, a un chaleco sin abrochar, un pañuelo a la cabeza, calzas y alpargatas abiertas.

En el extenso libro que ocuparían los razonamientos sobre la esencia y personalidad de Aragón y las correspondientes pruebas que los fundasen, habría que partir de las siguientes consideraciones:

a) *Factores geográficos*. Las tierras que hoy forman las tres provincias aragonesas son, a veces, radicalmente distintas. Desde la cadena pirenaica al valle del Ebro, atravesando el Prepirineo y el Somontano oscenses; desde las hoyas y altiplanicies de Teruel al Bajo Aragón, y desde el pie del Moncayo a las estepas en trance de redención de las Cinco Villas, podemos encontrar la más acusada variedad de terrenos, climas y paisajes; de cultivos y de medio humano. Y sin embargo, todo es llamado Aragón. Pero el factor unitivo de base no puede ser la comunidad de unas tierras cuya diversidad salta a nuestra mente con enumerar los nombres de algunas de nuestras ciudades. Jaca y Alcañiz; Fraga y Tarazona; Bujaraloz y Ateca; Zaragoza y Teruel; Albaracín y Huesca; Daroca y Ejea.

b) *Factores históricos.* Aragón se ha hecho, en sus pueblos y en sus habitantes, al correr de los tiempos. Se pueden alcanzar las raíces prehistóricas, desde antes de lo solútreo-gravetiense, que ya no tiene solución de continuidad hasta nuestros días, hasta la arribada de los mercaderes de la Edad del Bronce desde Almería y el Sur de España, o la aportación de fuertes corrientes indoeuropeas llegadas desde Europa central hasta Aragón a través de los pasos pirenaicos, o la penetración de los iberos que traen el hierro desde Levante y Cataluña a través del Bajo Aragón y el Bajo Ebro. Desde entonces se dibujará un camino multiseccularmente recorrido, entre la llanada de Alava y la cadena litoral catalana, por el amplio valle del Ebro; y a sus lados, flanqueando estepas y eriales, montañas abruptas, refugio de las tradiciones culturales viejas. Y un Aragón se abrirá a todas las corrientes de lo nuevo, en su valle central, mientras que otro encerrará cuidadosamente sus viejos elementos de vida en los valles aprisionados por sus montañas. Cuando Roma, factor unificador por excelencia, llegue a Aragón, convertirá el valle del Ebro en apoyo de su retaguardia; hará de los ríos caminos militares: por el Jalón, hacia la meseta; por el Gállego, hacia las Galias, y sólo lentamente penetrará en las montañas escondidas. Después, la alcanzada unidad se irá disgregando hasta la Reconquista (A. Beltrán, «Las investigaciones arqueológicas en Aragón», PSANA I, Zaragoza, 1951, p. 9).

A partir de la Reconquista se atisba el nacer político del moderno Aragón, en un pequeño condado con centro en Jaca, tomando su nombre del río y extendiéndose a casi todo su curso, a Sobrarbe, Ribagorza y Pallars. En prodigiosos saltos, Alfonso II y Pedro II (1162-1213) extenderán las tierras aragonesas hasta el socaire de las sierras oscenses. Y así la empresa será un descenso de montañeses hasta las tierras miocénicas de Zaragoza, con la ambición

de alcanzar las montañas y las fértiles vegas del Sur. Sancho Ramírez y Pedro I (1063 a 1104) marcarán las etapas del Somontano hasta Huesca y Barbastro. Alfonso I (1104 a 1134) se apoderará de las grandes ciudades agrícolas e industriales, y hará aragonesas a Zaragoza, Calatayud, Cariñena y Alcañiz, aunque el influjo de la población musulmana venga, a partir de ahora, a contar positivamente en lo que llamamos «aragones».

Se planteará entonces el problema agudo de la repoblación de las tierras conquistadas; problema que será no sólo demográfico, sino además militar, y nacerán las guarniciones de las rutas Teruel-Valencia y Lérida-Fraga, en no poca medida política, con los premios a los señores pirenaicos y franceses, y en cierto modo económico, por el asentamiento de cristianos en tierras islamizadas.

Aquí habremos de encararnos con las *cuestiones antropológicas*. Antes, los aragoneses, o bien los habitantes de las tierras desde el Pirineo a Teruel, eran los paleolíticos gravetienses, con añadidura de mediterráneos de Almería, tal vez de orientales de la Edad del Bronce, con seguridad de indoeuropeos y de iberos de la costa; sobre este conglomerado «hispánico» fructificó lo romano, lo visigodo y en fuerte medida lo árabe. De suerte que en este Aragón que nace ahora políticamente, un elemento montañés, seguramente muy limpio de mezclas e influencias, aunado a otro ultrapirenaico meridional, se estableció en ciudades donde persiste la población anterior gracias al régimen de capitulaciones. Así encontraremos morerías en Tudela, Zaragoza, Calatayud, Daroca, Ejea y Huesca, por citar algunas. Y sabemos que en el siglo XVI, pueblos enteros, si se exceptuaba al cura, al notario y al tabernero, eran moriscos.

En 1610, si damos fe a Asso, una quinta parte de la población, o sea 64.000 moriscos, eran expulsados

de Aragón. Desaparecida una mayoría de la antigua población islámica, nos quedarían hispano-romanos, mozárabes, judíos y señores del sur de Francia, de Navarra y de Cataluña.

Políticamente, Aragón existía, con una base administrativa que marcaba sus fronteras. Antropológicamente, se constituía con una base de población de cierta uniformidad en el siglo XVII. Geográficamente, las diferencias se sujetaban al imperativo de gobierno. La Historia y la Política habían configurado a Aragón (José M.^a Nasarre, «Figura política del hombre aragonés», Zaragoza, 1954). No insistiremos más sobre el tema; quienes quieran penetrar en él recurran a las obras históricas, publicadas en buen número; a las de Giménez Soler, o si quieren, mejor, a las de José M.^a Lacarra. Y si es la cuestión antropológica la que les preocupa, en breve tendrán un libro de solvencia científica, escrito por Fusté y publicado por la Institución «Fernando el Católico».

Vengamos ahora a examinar los rasgos de *lo aragonés*. Los etnólogos podrían hallar zonas bien distintas en el *Alto Aragón*, *Llano del Ebro*, *Bajo Aragón*, y en el *Sistema Ibérico y las tierras de Teruel*.

El *Alto Aragón* está bien estudiado. El resto, no. Para los valles pirenaicos, que han atraído con sus fósiles humanos y lingüísticos a los científicos, tenemos los trabajos de Wilmes (valle de Vio), Bergman (frontera de Aragón y Navarra), y especialmente Krüger y nuestros Violant y Simorra, Solé Sabarís y Del Arco. En sus libros queda clara la disposición de las habitaciones en casas de piedra de uno a tres pisos, forzadas sus condiciones por el frío, con la cocina como pieza de estancia en la planta principal, siendo su elemento clave el hogar, casi siempre central, pero a veces adosado, y las cadieras o bancas. El piso bajo queda reservado a las cuadras y el alto a los graneros. Andadores, carasoles o solanas, vueltos al Sur, tejado de pizarra con grandes y protegi-

das chimeneas y escasas aberturas al exterior, completan una somera visión de estas casas, en muchos casos sin medianerías, aunque formen hileras a los lados de una calle.

La vida de los montañeses pirenaicos es fundamentalmente ganadera, sometida a la trashumancia pastoril de largos recorridos desde los altos pastos de verano en las cumbres hasta los de invierno en el valle del Ebro. El ganado lanar se confía a pastores de oficio, mientras que la masa de la población cuida el ganado vacuno y se dedica a la arriería y a la agricultura. Son famosos los mulos pirenaicos, con aparejos peculiares como el «estiraso», una especie de trineo, y la «lera» o losa de pizarra; la agricultura se dedica a escasos cultivos como el trigo, la cebada, el centeno, escasa horticultura y algunos frutales (peras, manzanas). Es importante la industria del cerdo, ya famosa en época romana, la fabricación de quesos y limitada la caza, con los sarrios, los jabalíes y algunos animales menos útiles, como los osos y los lobos como presas, y las truchas como apetecida y abundante pesca. Una de las riquezas seculares de los altos valles pirenaicos es la corta de maderas, con traslado de los troncos en almadías.

En la vida espiritual hay que anotar algunos rasgos característicos, como la frecuente y no muy difícil comunicación con Francia (que hemos estudiado para tiempos romanos por el valle de Hecho y el Puerto del Palo), habiendo pactos llamados «face-rías» entre pueblos de una y otra vertiente. Algunos valles conservan un tambor de cuerdas llamado «chicotén», análogo al «soinua» francés del valle de Soule, y el guitarrón triangular. El arado en las comarcas de Jaca y Sabiñánigo no es dental, sino mixto de éste y del cuadrangular, que baja hasta la zona de Sarriñena. Es muy importante la indumentaria de los valles de Ansó y Hecho, que conserva, en las mujeres, trazas de vestiduras del siglo XV.

En el *Llano del Ebro, Bajo Aragón, Sistema Ibérico y tierras de Teruel*, es mucho más difícil hacer una síntesis, por más que podamos encontrar algunos elementos comunes; sobre todo, el ser pueblos mixtos y abigarrados, con marcada influencia islámica, que algunos niegan, pero que es patente. Encontramos una normal toponimia árabe con las raíces Calat, Borch, Almuniat, Aben o Beni, etc., y también tienen el mismo carácter las explotaciones agrícolas y la construcción mudéjar de ladrillo y adobe; las costumbres muy islamizadas permanecen hasta la expulsión de los moriscos, que crea graves problemas económicos a esta zona, que llega casi a despoblarse. En muchos lugares, las huertas de los antiguos moriscos constituyen amplios oasis en la topografía aragonesa; así, Caspe, La Almunia, Borja, Daroca, Calatayud y Ateca, pueden servir de ejemplo. De entonces es la constitución de la «torre» como unidad menor de granja agrícola y a esos tiempos hay que atribuir la mayor parte de los regadíos. Otro elemento digno de estudio es la separación de la horticultura y la ganadería, que se compaginan mal; la primera se agrupa alrededor de los núcleos urbanos, y una de sus piezas esenciales es el «fematero». Esta vigorización de los pueblos da origen a una afirmación de los oficios y actividades artesanas; moriscos eran la mayor parte de los herreros, caldereros, sogueros, alpargateros, sastres y tejedores, así como gran parte de los alarifes y albañiles, los tallistas de madera y no pocos artistas. Podemos afirmar que la cerámica —con fuerte desarrollo en Muel, Calatayud, Teruel y otros puntos—, la industria textil, la cocina y la repostería se ven influidas por el modo de trabajo de los mudéjares.

También es necesario tener en cuenta el traje masculino, muchos de cuyos elementos son característicos del mundo islámico y especialmente el pañuelo coronario, tan próximo al turbante. Otra cosa

habríamos de pensar del calzón abierto y de la faja, que aún conservan mucha apariencia moruna, pero que son de mayor extensión que las prendas árabes; lo mismo podríamos afirmar de las esparteñas o alpargatas abiertas y de cintas.

Conocemos mal el proceso de adaptación de la población aragonesa de las tierras centrales después de la expulsión de los moriscos; si en la construcción de casas hallamos la pugna entre montañeses y vizcaínos, habremos de anotar también la agricultura de secano, ocupada en laborar cereales, viña y olivo, como en Guadalajara o en Soria; usan el arado-cama de tipo romano, y donde la labor se hace con bueyes, yugos cornales, como en Levante y en el Sur.

Sería interminable extendernos ahora en cada una de las *manifestaciones de tipo social o espiritual* que constituyen, sin duda, una de las peculiaridades más características de Aragón. A guisa de ejemplo, podemos citar unos cuantos rasgos que podrían multiplicarse. Así, las *cofradías* de carácter mixto, religioso-civil, a veces con cultivos en común dedicados sus frutos a la mejora de santuarios y a banquetes en días señalados, asistiendo a la procesión con altas banderas y allegando medios económicos con encenadas pujas y subastas; en relación con otras costumbres religiosas, las *comidas de muerto* y otras curiosas prácticas funerarias, como el llanto público o los enterramientos de niños, llamados «mortijuelos» o «alegrías»; de gran interés son los ritos de los *endemoniados*, a quienes se les expulsan los demonios del cuerpo en Santa Orosia, cerca de Jaca, y en Graus; las fiestas de los patronos son organizadas por *cofradías de mozos*, que tienen misa especial, una «casa del gasto» o administración y que nombran mairalesas para atender al altar de la Virgen, todo ello acompañado de rondas y recogida de obsequios o limosnas; también se relacionan con lo religioso

las rogativas, casi siempre en petición de lluvia, las romerías con banderas o las penitencias procesionales.

Un capítulo casi inédito del costumbrismo aragonés es el referente a la *cocina*, cuyas peculiaridades no sólo son el pollo a la chilindrón, el bacalao al ajoarriero o los huevos al salmorejo o las ensaladas y el ternasco. Añadamos el melocotón con vino clarete, los caracoles con ajoaceite, la ensalada con huevo duro, los empanadones, las migas con sebo, el cordero asado en espedo, el chordón, el queso de Ansó y de Tronchón, las truchas del Pirineo, los roscones de San Valero en Zaragoza, el mazapán de Huesca. Y con todo, no haremos sino comenzar la larga lista de platos locales, especialmente de dulce, distintos en cada pueblo y en la mayor parte de los casos relacionados con fiestas o celebraciones especiales. Costumbres particulares rodean la matacía del cerdo, que no estaría completa sin enviar los «presentes» a las personas de respeto y amistad; las fiestas del «encube» del vino, para cuyo trasiego se estimula al cuerpo con bacalao y almendras; las «lifaras» de toda clase, en las que la sobriedad característica de los labradores aragoneses suelta todos los frenos. Y vinos de muy diferente calidad y mucha graduación alcohólica, como los famosos de Cariñena, Cosuenda o la ribera del Jalón. Las frutas deliciosas de todas las huertas de los fondos de los valles.

El matrimonio, el bautizo y otros momentos de la vida presentan aspectos muy dignos de estudio; el «aponderador» que alaba los méritos del novio en las interesadas bodas altoaragonesas, el «espadero» que entrega la novia, la exogamia fielmente seguida en los cerrados valles, que buscan esposas fuera de cada pueblo.

Un aspecto más estudiado de la vida popular es el relativo a la *música*. La jota, cuyo brío y fuerza son generalmente celebrados, ha conseguido arrinconar bellísimas melodías, como los cantos de aurora.

las baladas, gozos a la Virgen y a los santos, villancicos, albadas, romances, nanas, canciones de bodega y de cosecha, cantos de trilla y de recogida de aceituna, canciones infantiles y los antiquísimos mayos, conservados aún en Albarracín y en Urrea, y condenados por una constitución sinodal de Sigüenza, en 1585, porque en ellos se celebraban desposorios imaginarios. Los gozos y cantos religiosos celebrados en las puertas de las iglesias o con acompañamiento de hogueras en las noches de San Juan o de San Valero, se conservan en algún caso. Se relacionan estos cantos semirreligiosos con el *dance*, en trance actual de resurgimiento, representación celebrada a la puerta de la iglesia y ante la imagen del santo, con diversas partes, que son, esencialmente: pastorada o diálogo entre un mayoral y un pastor, que enlaza con una lucha verbal primero, y efectiva después, de moros y cristianos, terminando con el triunfo de éstos y con las dedicatorias a la Virgen o al Santo patrono; con ello van, a veces, las «motadas» o «matracadas», sátiras despiadadas de los defectos de presentes y ausentes y revistas orales y semiimprovisadas a los acontecimientos del año; en la mayor parte de los casos intervienen el Diablo y el Angel, que mantienen una lucha, en definitiva, entre el Bien y el Mal, en cuyo transcurso éste queda vencido. Ello va acompañado de danzas guerreras con sables y a veces con una extraña «degollación» del que hace de jefe; otras, de palos, de tipo agrícola, y también de cintas o arcos. Todo ello remonta, al menos, al siglo XVI y alguno de sus elementos es más antiguo; se extiende desde el Alto Pirineo (La Aínsa, Jaca) hasta Teruel (Híjar), y el grupo más completo es el de Sena-Sariñena-Pallaruelo. La música y acompañamiento es, muchas veces, moderno y, en lo que conocemos, a lo sumo del siglo XVII; se tañe gaita, dulzaina y tambor, en algún caso, y en Yebra y Jaca, chicotén. En algún caso,

estos dances tienen carácter especial, como la morisma de La Aínsa, las pastoradas de Ribagorza o la contradanza de Cetina.

En las antiguas tierras de moriscos, en la zona de cultivos hortícolas, se difunde con poderío avasallador, la jota. Coexiste en pleno siglo XVIII con bailes señoriales como el bolero (conservamos el de Caspe) o las seguidillas (en Leciñena se celebraba con ellas la aparición de la Virgen de Magallón al pastor Manuel Marcén) y durante algún tiempo se mantienen también las coplas de rosarieros y despertadores. Pero en nuestros días, la jota ha llegado de parte a parte de Aragón y aun fuera de sus fronteras y el resto de las músicas han desaparecido en desigual combate con el vigor de este baile, que puede cantarse y que sirve también para rondar. No es necesario traer aquí la extensa bibliografía que la jota tiene; baste decir que Aban Jot no existió nunca, si no fue en la mente de Juan Blas Ubide, que en 1880 le pareció oportuno darle origen valenciano, puesto que un orfeón bilbilitano había de cantar en Valencia. De su origen se ha escrito mucho, pero poco con seguridad. Si Bretón la supone variante del fandango y muchos la hacen árabe, descendiente del «zejel» o de la mohaxaca, no falta quien, como Ribera, la entronque con cantos de trovadores y minensinger. La realidad es que Gaspar Sanz, en su justamente famosa «Instrucción» para la guitarra, no incluye la jota, en 1674; Araiz supone que aparece por primera vez en 1769, en una tonadilla de Esteve, «Los pasajes de verano», y también la encontramos en los siglos XVII a XVIII en un manuscrito de cifra para arpa; en el «Pedro Saputo», también del siglo XVIII, se afirma que «se bailó el canario, del cual luego surgió la jota». Sea de todo esto lo que fuere, no cabe la menor duda que su expansión avasalladora se lleva a cabo en el siglo XVIII y que, actualmente, la jota, a pesar de muchas lamentables degeneracio-

nes, es consubstancial a lo aragonés, en todas y cada una de sus formas, tanto en los estilos vivos de Zaragoza como en los reposados y señoriales de Alcañiz o Calanda.

Por raro que parezca, a pesar de algunos libros y muchos folletos escritos sobre la jota, no existe un tratado de la música popular aragonesa. Menos mal que contamos con los cancioneros de Teruel y Zaragoza, debidos a Arnaudas y Mingote, y dentro de poco poseeremos el de Huesca, que prepara Durán. Nosotros hemos recogido medio centenar de melodías de los dances y no será difícil rehacer algo de lo mucho que Aragón ha tenido en este campo.

Algo semejante podríamos decir del *traje*. Nos hemos acostumbrado a una degeneración absurda de los vestidos masculinos y femeninos, que aún estaban en uso en la primera mitad del siglo XIX y que se han olvidado; y esto a pesar de que los museos conservan ejemplares auténticos. Un estudio sistemático debería comenzar por estudiar las zonas marginales, con trajes semejantes, como las de Soria, Alcarria, Valencia, Tortosa y el Roncal, lo cual no dejaría de mostrar las influencias valencianas y tortosinas en el Bajo Aragón y Fraga, la comunidad de origen para las ropas de mujer de Hecho y Ansó, por una parte, y del Roncal por otra, y la penetración aragonesa en Guadalajara y Soria. Después habría que hacer el estudio de los orígenes y antigüedad para encontrar en el siglo XV el traje pirenaico femenino, y en el siglo XVIII el resto de los trajes aragoneses, imitados del vestido señorial que evolucionó pronto —sobre todo, al conjuro de la Revolución francesa—, mientras el adoptado traje popular se perpetuaba hasta casi nuestros días.

El traje aragonés tiene una serie de elementos comunes, diferenciados en matices y detalles (salvo el de mujer de Ansó y Hecho). La mujer lleva saya de vuelo, de paño o de percal estampado con flores,

delantal negro grande de diario y pequeño, con encaje, para fiesta; jubón de manga larga, negro; mantón de lana negra o estampado; o también pañuelo de seda doblado en pico y, a veces, de mucha fantasía; mantilla de iglesia («bancal») de paño o merino negro, semicircular; media blanca, zapato negro de medio tacón; para diario, alpargatas; pelo con raya en medio y moño con cinta; pendientes de oro bajo con piedras de color, largos y de dos o tres cuerpos. Sobre este tipo, innumerables variantes, dependiendo del traje señorial de donde se imitaron; también los moños de picaporte en Fraga, faldas de telas ricas en la capital. Nunca medias que se vean, ni mangas cortas en el jubón, ni descotes.

El hombre lleva chaqueta con botones plateados o dorados, en ocasiones; chaleco con cuello sencillo o de alzapón; calzón sin círolos o marinetas; medias, peales o abarqueras y alpargatas abiertas o albarcas en la zona lluviosa; pañuelo coronario de seda rameada o de lana negra; faja de lana o estambre, azul o morada, que hace de abrigo, sujeción y bolsa. En muchos casos, sombrero de ala estrecha; especial para el Pirineo, el de medio queso o de Sástago. No es normal que el hombre vaya en mangas de camisa, salvo para trabajar o por casa; ni que muestre los círolos saliendo por debajo del calzón, ni la faja con el extremo colgando.

Trajes especiales hay en Ansó y Hecho, en Fraga y en el Bajo Aragón; pero no es necesario insistir ahora en ello. En cambio, sí en la necesidad de evitar que el bello traje aragonés se adultere y se pierda; de hecho, hoy día, tiene escasa autenticidad.

Tareas que plantea el estudio de Aragón y de los aragoneses, y conclusión.

Es indudable que conocer nuestra tierra y conocernos nosotros mismos es algo importante y que

debe ser acometido sistemáticamente. Una primera tarea será el conocimiento de nuestra *antropología física*. Índices cefálicos, grupos sanguíneos y características de rasgos exteriores nos darán mucho más que elucubraciones literarias sobre nuestra nobleza y tozudería, sobre nuestra honradez y simplicidad, sobre nuestra sobriedad y agudeza y sobre nuestra brusquedad. No nos bastan los escasos datos de Aranzadi, que aisladamente nos habla de la abundancia de ojos garzos y cabellos rubios en Zaragoza, en contraste con las influencias musulmanas; o de las buenas dentaduras en comparación con Soria y Navarra; o la dolicocefalia predominante y en las mujeres la amplitud del pecho y la poca estatura, etc.

En segundo lugar hay que plantear el estudio de los *elementos histórico-culturales de Aragón*, con agudas referencias a la historia política y social, a la constitución de las bases jurídicas y a los movimientos de población, desde el paleolítico al siglo XVIII, por lo menos.

Tras ello, es esencial el *estudio diacrónico de elementos*, mediante ficheros de rasgos aislados, fotografías, diseños, descripciones y notas.

Como consiguiente, aparecerán los *estudios monográficos de comunidades, pueblos y aldeas*, que ampliarán los ficheros de datos aislados, poniéndolos todos en relación dentro de un mismo poblado; así nacerá el estudio sincrónico, que podrá dejar paso a la *síntesis* e incluso al *ensayo*.

Terminado todo esto, tendremos una imagen de lo que Aragón es y de cómo son los aragoneses. Si nos falla la unidad geográfica y encontramos en los cuerpos físicos de nuestras gentes una amalgama de muy diversos orígenes, no cabe la menor duda que podremos apoyarnos sobre firmes razones históricas que han creado un Aragón a partir de la Reconquista, movido por una política común que ha fundido tierras y hombres diferentes en un común interés

y, sobre todo, les ha dotado de una común conciencia de sentirse aragoneses. Así encontraremos un patrimonio inalienable en la Historia, en el Arte y en las raíces etnológicas y modos de ser que habremos de conservar esforzadamente, y desarrollar al máximo, luchando contra todo cuanto mediatice y haga degenerar lo aragonés para convertirlo en chascarrillo baturro y en tópico falso, que sirva de risa para algunos y de dolor para cuantos aman a Aragón como una de las más fecundas regiones históricas de España.

ALGUNAS REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS

Solamente para que se advierta lo que se puede profundizar en los temas esbozados en nuestra conferencia, aducimos algunas referencias, que podrían multiplicarse.

Sobre el tópico de los literatos:

Domingo Miral, «Bases para una pedagogía aragonesa», Zaragoza, 1920.

Luis Parral, «Fueros del Reino de Aragón», Zaragoza, 1907; t. I, cap. 1.

Ricardo del Arco, «Aragón. Geografía. Historia. Arte», Huesca, s. a.; pág. 170 y ss. Opiniones de Gracián, Madoz y Cejador.

Sobre el dialecto aragonés:

Cfs. diversos artículos de Albar en «Archivo de Filología aragonesa», Zaragoza, Institución «Fernando el Católico».

V. Ferraz y Castán, «Vocabulario del dialecto que se habla en la Alta Ribagorza», Madrid, 1934.

Sobre Historia de Aragón:

Almagro, Beltrán y Ripoll, «Prehistoria del Bajo Aragón», Zaragoza, 1956.

A. Beltrán, «Bajo Aragón ibero-romano». En prensa. Teruel, 1960.

Giménez Soler, «La Edad Media en la Corona de Aragón», Barcelona, 1930.

T. Ximénez de Embún, «Ensayo histórico acerca de los orígenes de Aragón y Navarra», Zaragoza, 1878.

J. M.^a Lacarra, «La Reconquista y la repoblación del Valle del Ebro», Zaragoza, 1951.

J. M.^a Lacarra, «Unidad y variedad histórica en el Valle del Ebro», Santander, 1952.

Monografías sobre pueblos:

Como modelos podemos citar:

- C. Lisón, «Chiprana: Estudio etnológico», Caesaraugusta 11-12, 1958, p. 127; y «Significado y función de la palabra «bruja» en Chiprana», Ibidem 13-14, 1959, 153.
J. A. Alvarez Osés, «Avance de una encuesta etnológica sobre Caspe», Ibidem, 11-12, p. 49, etc.

Alto Aragón:

- R. del Arco, «Notas de folklore altoaragonés», Madrid, 1943.
Krüger, «Die Hochpyrenäen. A) Landschaften, Haus und Hof», I, Hamburgo, 1936, y II, ibid., 1938.
W. Bergman, «Studien zur Volkstümlichen Kultur von Hocharagon und Navarra», Hamburgo, 1938.
R. Wilmes, «Der Hausrat in hocharagonischen Bauernhause des Valle de Vio», «Volkstum und Kultur der Romanen», X, 1937.
Violant y Simorra, «El Pirineo español». Madrid, 1949.
Solé Sabarís, «Los Pirineos», Barcelona, 1951.
A. Beltrán, «El Museo Etnológico de Aragón», Caesaraugusta 9-10, 1957.

Cerámica:

Aparte de las obras generales:

- J. Caruana, «Notas sobre la cerámica turolense», «Teruel» 5, p. 83.
M. Oliver Daydí, «La cerámica trecentista en los países de la Corona de Aragón», Barcelona, s. a.
Almagro y Llubí, «Cerámica. Aragón. Muel», Barcelona, 1952.
J. Galiay, «Cerámica aragonesa de reflejo metálico», Zaragoza, 1947.
Del mismo, «Nuevas ideas sobre cerámica aragonesa» Boletín de la Academia de Bellas Artes de Zaragoza, 1934, n.º 1, p. 13.
W. Frothingam, «Aragonese Lustreware from Muel», New York, 1944.
M. Abizanda, «Documentos para la historia artística y literaria de Aragón», Zaragoza, 1917 y 1932.
J. Galiay, «Arte mudéjar aragonés», Zaragoza, 1951.

Sobre música y danza:

- A. Beltrán y M. Pueyo, «Notas sobre el dance del barrio de las Tenerías de Zaragoza», Crónica del V Congreso Nacional de Arqueología, Zaragoza, 1959, p. 91.
A. Larrea Palacín, «El dance aragonés y las representaciones de moros y cristianos», Tetuán, 1952.
R. del Arco, «Notas de folklore», cit., p. 109.
M. Pueyo, «El dance aragonés». Tesis de licenciatura. Facultad Letras de Zaragoza.
M. Arnaudás, «Colección de cantos populares de la provincia de Teruel», Zaragoza, 1927.

- A. Mingote, «Cancionero musical de la provincia de Zaragoza», Zaragoza, 1950.
- J. Ribera, «La música de la jota aragonesa», Madrid, 1928.
- A. Araiz, «Estudio histórico-filosófico de la jota, Zaragoza, 1941.
- García Arista, «La jota aragonesa», Zaragoza, 1919.
- R. Salvador, «Tecnicismo de la jota aragonesa», Zaragoza 1941.
- José Subirá, «Unidad y variedad musical del valle del Ebro», Santander, 1952.
- D. Galán Bergua, «Antología de la jota aragonesa» (folleto de las grabaciones en disco «Columbia»), 1959.
- M. Arnaudas, «La jota. Una opinión sobre su origen, su forma musical y su ejecución», Academia de San Luis, 1933.

Sobre traje popular:

- Del Arco, «El traje popular aragonés». Monografía ilustrada, 1924.
- «El traje popular altoaragonés», Huesca, 1924.
- «Notas de folklore», cit., p. 87.
- «Fraga y su indumento», rev. «Aragón», 1936, p. 134.
- «Costumbres y trajes en los Pirineos», Zaragoza, 1930.
- «La costume populaire d'Hecho et d'Anso», Art Populaire, 2.
- F. Mitians, «El vestido de las mujeres de Fraga», Archivo de Arte Español, 1916, p. 235.
- C. Lisón, «El traje aragonés», Caesaraugusta 9-10, 1957, p. 158.

Conferencia pronunciada por el
Dr. D. Demetrio Galàn Bergua
sobre el tema

Aragón en la Jota y la Jota en Aragón

en el salón de sesiones de la
Excma. Diputación Provincial de Zaragoza
el día 8 de Octubre de 1959
con motivo del

I Congreso Nacional de Casas de Aragón

GUION

	<u>Pág.</u>
Preámbulo	37
Aclaración previa	42
Datos históricos	43
Aparece la palabra «jota»	49
Origen y significado de la palabra «jota»	50
Polémica equivocada	52
El baile de la Jota	61
La Jota cantada	64
La rondalla aragonesa	66
La Jota de ronda	67
La Jota en los Sitios de Zaragoza	70
La Jota en América	76
Algo tendrá la Jota	78
La Jota es nuestra	81

PREAMBULO

Cuando la Comisión organizadora del I Congreso Nacional de Casas de Aragón estimó acertadamente que el tema de la Jota era obligado entre las ponencias que habrían de presentarse, y se me concedió el honor de desarrollarlo en una conferencia a base del título «Aragón en la Jota y la Jota en Aragón», pronto me percaté de lo poco nuevo que podría aportar después de cuanto se ha escrito sobre este tema, sobradamente conocido a fondo por quienes en esta ocasión van a escucharme. Porque cuando en Zaragoza funciona con brillante historial un Conservatorio de Música, en el que figuraron y figuran profesores ilustres y competentes que de la Jota se ocuparon con preferencia y acierto, y a la Jota dedicaron gran parte de sus conocimientos, afanes, técnica e inspiración; cuando en nuestra ciudad existe una Escuela Municipal de Jota Aragonesa, en la que colaboran elementos de gran valía, realizando una labor efectiva y trascendental; cuando en Aragón hemos contado y contamos con una legión de inspirados poetas, insignes literatos, eminentes musicólogos, sabios investigadores, admirables costumbristas y selectos periodistas, todos ellos amantes de la tierra aragonesa, defensores de nuestros cantos y bailes regionales, y autores de trabajos originales, en los que se han hecho primores de exposición y verdaderos alardes de documentación; y cuando en España, en el transcurso

de casi un siglo, de la Jota han hablado o escrito músicos, artistas, críticos, filólogos, historiadores, intelectuales y hasta estadistas, interviniendo en la Prensa, en la Radio, en agrupaciones culturales, o llevando su interés por la Jota al teatro, al cine, a la novela, a los cancioneros, y a toda clase de publicaciones resulta una aventura peligrosa, una audacia, tal vez una osadía, el que, a estas alturas, me enfrente con un tema tan trillado y con un auditorio tan enterados o más que yo.

Porque, ¿qué puede decirse de nuevo respecto a la música, al origen, a la historia, a la técnica, a los elementos componentes y a los instrumentos interpretativos de la Jota que no figure en los Anales de la Escuela Municipal de Zaragoza, o no haya sido expuesto y comentado por figuras tan eminentes como Pedrell, Bretón, Incega, Domínguez Berrueta, Lozano, Chavarri, Rivera, Justo Blasco, Ruiz de Velasco, Pérez Soriano, Arnaudas, Aula, Borobia, Salvador, Araíz, Mingote y Beltrán?

¿Y qué del tipismo, del carácter, del ambiente, del léxico, del traje regional, de las cualidades externas e internas de las coplas, que no haya sido suficientemente tratado por Sancho Izquierdo, Emilio Alfaro, Ricardo del Arco, Valenzuela la Rosa, López Allué, Giménez Soler, Salillas, Mariano Baselga, Ibarra, Sangorrín y González Fernández?

¿Y qué análisis, desmenuzamiento, disección, crónica, ráfaga, chispazo, estampa o crítica medida, meditada y sopesada, que no haya brindado a sus asiduos lectores ese maestro de maestros y modelo de maestros escritores, que se llama Pedro Arnal Cervero, en sus frecuentes alusiones, añoranzas, nostalgias, descripciones y consideraciones relativas a «lo nuestro» —tierra, léxico, costumbres, virtudes y defectos—, todo ello más o menos relacionado con el ambiente de la Jota?

¿Y qué curiosidades de filólogo, y detalles de lexicógrafo, y buceos de historiador, podré mostrar que no haya tocado y retocado García Arista, aquel inolvidable turiasonense que llevó al teatro, a la novela, al cuento, a la tribuna pública y a la Prensa su desbordante y polifacética cultura, entregada con tozuda preferencia a su Aragón y a su Jota, y, con él, las magníficas aportaciones de los escritores costumbristas Bañolas, Baselga Ramírez y López Allué?

¿Y qué ejemplo, dato, cifra, estilo o selección de temas populares que no se hallen en los cancioneros, colecciones y recopilaciones de Fernán Caballero, Lafuente Alcántara, Rodríguez Marín, Melchor Palau, Doporto, Pérez Soriano, Justo Blasco, Arenas, Santiago Lapuente, Alvira, Arnaudas y Mingote?

¿Y qué podré añadir a lo que acerca de la Jota expresaron, de mil maneras, figuras tan variadas, tan ilustres y tan representativas como Cánovas del Castillo, Pi y Margall, Ruiz Aguilera, Mariano de Cavia, Darío Pérez, los tres hermanos Royo Villanova —Luis, Antonio y Ricardo—, García Mercadal, Chapí, María Guerrero, Eusebio Blasco, el maestro Caballero, Montestruc, Fernández Shaw, Miguel Moya, Serafín y Joaquín Álvarez Quintero, Dícenta, Agustín Durán, Príncipe Satorres, Selga, Cañete, Borao, Allué Salvador, Castán Palomar, Marina, Sancho y Gil, Pardo Asso, Jordana, Mompeón, Angel Sagardía, Cabezudo Astrain y el incomparable Moneva y Puyol?

¿Y qué expresión, o exaltación o comentario poético de la Jota voy a ofrecer después de lo reflejado en las magníficas poesías de San Nicolás Francia, Enrique Pérez Pardo, Pepín Zaldívar, Pedro Galán, García Arista, Eusebio Blasco, Berdejo Casañal, Quintilla, Fermín Otín, Ildefonso Manuel Gil, Gustavo Adolfo, y otros que a la Jota han dedicado los mejores frutos de su inspiración?

Y, en fin, ¿qué coplas de Jota originales voy a presentar que puedan mejorar, ni siquiera igualar,

a los miles que han publicado y popularizado esos grandes poetas del pueblo aragonés que se llaman Ram de Viu, Luis Royo Villanova, Celorrio, Casañal, «Mefisto», Jarnés, Roqués, Lafuente, Pujalá, Castro Lés, Luis Mompeón, Pedro Galán, Iriarte Reinoso, Baselga, Sancho Izquierdo, Sanz Ferrer, Miguel de Val, L'Hotellerie, Abad Tardez, Quintilla, Serafín Cruz, Ambrosio Ruste y Ester Rubira?

Sin embargo, hay una razón poderosa que me anima a dar este paso aprovechando la estancia en Zaragoza y la presencia aquí de quienes fuera de Aragón representan dignamente a nuestra tierra, y dirigen con todo entusiasmo y acierto las distintas agrupaciones de paisanos nuestros que jamás olvidan el solar donde nacieron, las múltiples inquietudes de su patria chica, sus problemas, sus tradiciones, su historia, y esta Jota tan de ellos como nuestra, y aun más de ellos, porque son los que sienten su nostalgia, y los que en ella se amparan y refugian cuando al escucharla alejados del ambiente aragonés reaccionan siempre como dice la copla:

*Cuando la jota se oye
lejos de la patria amada,
de llanto llena los ojos
y de recuerdos el alma.*

Vaya, pues, dedicada a ellos esta conferencia que, con toda premeditación, he querido saturar de carácter exaltativo, comenzando por exponer esa razón que se fundamenta en una triste realidad, y que justifica una enérgica actitud, plena de consoladoras esperanzas.

La Jota Aragonesa, ese tesoro popular incomparable, ese magnífico valor espiritual, esa maravillosa manifestación lírica representativa, ese conjunto espectacular, esa Jota tan nuestra que reinó en Aragón y triunfó en España y en el extranjero, hace ya muchos años empezó a sufrir los embates del modernis-

mo, y lenta pero progresivamente fue perdiéndose en la barahunda de los ritmos locos, de los bailes exóticos, de las canciones importadas, de las melodías universales y de la vesania folklórico-teatral que invadieron todos los escenarios y todos los ámbitos de nuestra patria, sin que ese folklore respondiese a las más puras esencias populares españolas, a causa de una indudable mixtificación, de un lamentable convencionalismo y de una fatal estilización que desvirtuaban la gracia original y el clasicismo de nuestros cantos, bailes, dances y danzas. Así, en época tan calamitosa para nuestro folklore, la Jota languideció en unas comarcas, se adulteró en otras, perdió su pureza en no pocas, se explotó indignamente en ciertas actuaciones y se abandonó cruelmente en determinados ambientes. Pero, a la vez, mientras la Jota se mixtificaba en el teatro y en el cine y se difuminaba en los pueblos, y en las capitales se limitaba a espectacularizarse y a especularse con ella a base de una orientación profesional, sistemática por un lado y anárquica por otro, muchos aragoneses sentían la Jota en lo más íntimo de su ser y luchaban por hacer fluir la savia dormida de sus raíces inmortales. Fue entonces cuando se inició la campaña de exaltación de la Jota en el Ateneo de Zaragoza, en el de Madrid, en la Agrupación Artística de nuestra ciudad y en el «Teatro de la Unión», de Jaca. A partir de aquellos actos, en los que el pueblo aragonés vibró de entusiasmo, al calor de tan memorables jornadas, se creó en Zaragoza la hoy pujante asociación regional «Amigos de la Jota Aragonesa», integrada por un grupo de románticos que se lanzaron a la cruzada por la Jota, pequeño pero entusiasta ejército de valedores y defensores que van a evitar su muerte, y lo que quizá sea peor: su vida lánguida, precaria e indigna.

He aquí el Preámbulo de esta conferencia que dedicamos a vosotros, a las Casas de Aragón y a los

«Amigos de la Jota», recabando vuestra colaboración para que todos unidos, sin reblar, con tozudez baturra, consigamos que la Jota no muera en Aragón. y que, además, viva dignamente, con toda su tradición, con todo su espíritu, con toda su fuerza sugestiva, con toda su pureza y con toda su lozanía.

ACLARACION PREVIA

Nos interesa hacer constar, para evitar erróneas interpretaciones, que los defensores de la Jota somos los primeros en reconocer que además de la Jota existe en Aragón un magnífico y variadísimo arsenal de albas, auroras, bailes, dances, danzas y contradanzas, cantos, gozos sacros y profanos, tonadillas, paloteados, romances y villancicos, que reúnen los máximos alicientes para considerarlos de tanto interés tradicional como pueda tener la Jota. Es más: creemos, sinceramente, que son todas esas manifestaciones populares las que deben considerarse como la base esencial del folklore aragonés. Por esto, tanto nos duele el ocaso de la Jota en los pueblos como lamentamos el olvido, el abandono y el desuso de aquellas maravillas dignas de figurar entre las más destacadas del folklore nacional. No admitimos que —como opinan algunos— la Jota las haya desplazado. No, no ha sido así. El folklore aragonés ha sufrido, como la Jota, la crisis provocada por la influencia sugestiva del modernismo. Y si la jota no ha acusado esta crisis con tanta intensidad, se debe a la mayor facilidad de su propagación como espectáculo de conjunto, en el que el canto, el baile, la rondalla y la copla ofrecen siempre en los cuadros profesionales una variedad y un atractivo excepcionales. Y, aun así, con qué frecuencia, ahora, se acoplan a los grupos de Jota esas otras facetas folklóricas que indudablemente contribuyen al éxito completo del

espectáculo. Pero, aparte de esto, es natural que la Jota, que inundó todos los ambientes regionales y caló en todos ellos, haya logrado mayor difusión y supervivencia que aquello que se hizo típico, solamente con carácter local, en las diversas comarcas o pueblos donde aisladamente se popularizó.

Por lo tanto, ni cometemos la necedad de creer que la Jota es lo único que representa al folklore aragonés, ni llegamos a la estupidez de considerar que Aragón puede ser única y exclusivamente representado por un baturro cantando y provisto de una guitarra.

DATOS HISTORICOS

Aunque estoy de acuerdo con los folkloristas, musicólogos e investigadores que mantienen la opinión de que nada importa conocer el origen de los cantos y bailes populares para valorar lo que en la actualidad se nos ofrece con caracteres definidos, considero obligado que al hablar de la Jota en Aragón y de la influencia que la psicología y el ambiente aragoneses hayan podido tener en la especificidad de ella, se recuerden algunos datos históricos que interesa exponer para llevar a buen fin nuestro trabajo.

La Jota, considerada como una de las tradiciones populares que integran el inmenso arsenal del folklore mundial, y, en el ámbito nacional, como exponente típico-representativo, sobre todo en Aragón, donde la Jota adquirió carácter específico, debe ser estudiada en varias etapas o fases perfectamente diferenciadas. Una época en que la Jota no se llamó «jota», aunque esté comprobada la existencia, entonces, de ciertas melodías similares a algunas de las actuales, Otra, en la que el vocablo «jota» apareció impreso, unido al pentagrama, pero sin responder to-

davía a una especificidad con significado preciso y con características definidas en el concepto, en la variedad y en la amplitud de sus aspectos. Otra, en la que la Jota ya se dio en España con detalles evolutivos y tendencia a la formación de conjunto, extendiéndose por todas las regiones y echando raíces profundas e inamovibles en tierra aragonesa, donde pronto alcanzó la realidad de su carácter representativo. Y, finalmente, la época en que la Jota, sin dejar de existir en el resto de España como una faceta más dentro del folklore regional, llegó en Aragón al máximo florecimiento. Y como la Jota es copla, y canto, y baile, y ronda y rondalla, a todo ello habremos de referirnos al hablar de su origen, de su historia y de su evolución.

El origen de la mayor parte de los cantos y bailes populares de todo el mundo se ha prestado siempre a la lucha, a la polémica, a la controversia entre los más variados criterios de los eruditos, historiadores y musicólogos. Y no hemós de ser nosotros, en esta ocasión, los que al hablar de la Jota pretendamos sentar plaza de infalibles en nuestras aportaciones. Pero sí queremos empezar por señalar la realidad de un hecho incontrovertible, y es que la Jota Aragonesa, la Jota española, ahondando en toda clase de investigaciones y pruebas documentales, podemos considerarla como la consecuencia de un proceso evolutivo, de adaptación y de transformación, que tuvo su radical, su célula primitiva, en tiempos muy remotos.

El maestro Mingote, aragonés, máxima figura de la musicología española, ya nos da noticias muy interesantes sobre el «zejel», o «muwaxxaha», invención de Mucadém ben Muafá el Cabrí, «el Ciego», que se cantaba a solo o a coro a fines del siglo IX. Refiriéndose al modo de cantar el «zejel», según Menéndez Pidal, en su obra «Poesía árabe y poesía europea», y a las dos ilustraciones que presenta, dice Mingote que ambas son transcripción fiel, en lo posible, de un

canto tunecino que tiene; o puede tener, parentesco rítmico y modal con la Jota, pues no pocos contornos melódicos de dicho canto tienen ornamentación muy semejante a la copla de Jota, recordando, en parte, nuestros estribillos.

Este es el «zejel» que, según el notable investigador Vicente González Hernández, tomó carta de naturaleza en nuestra patria, sustituyendo a la casida árabe clásica. También nos dice González Hernández que las melodías que inventara Muafá el Cabrí en tiempos de los emires Abdallah y Abderramán III, así como el «zejel», bien pronto se extinguieron. Por lo que se ve, aquellos atisbos de Jota fueron cosa limitadísima, esporádica y episódica, a su paso por España.

El ilustre arabista, erudito profesor e insigne musicólogo, D. Julián Ríbera Tarragó, autor de «La música en la Jota Aragonesa», al ocuparse de la Jota en las Cantigas de Alfonso el Sabio, nos dice que el tiempo de Jota fue en aquella época —siglo XIII— el más popular. Y nos presenta varios ejemplos de cantigas llevados al pentagrama para compararlos con ciertos estilos de Jota sobradamente conocidos en la actualidad. Según los resultados de sus comparaciones, la célebre tonada de la «rabalera», tan popularizada en nuestros tiempos, tiene grandes analogías con las melodías de los números 65 y 90 de las Cantigas. Y hasta llega a afirmar que, salvo levísimas alteraciones que ha sufrido con el uso popular de ocho siglos, al cabo de casi mil años continúa con gran parte de su integridad. Y del mismo modo viene a demostrarnos que en el número 39 de esa misma obra existe una frase que recuerda a la popular «Jota de los quintos», añadiendo que en aquel entonces eran muchas, en gran multitud, las melodías que tenían caracteres genéricos comunes a la Jota.

A mayor abundamiento, nos habla Ribera de la Jota en troveros, trovadores y minneisinger, con coro y solista.

De aceptar todas las opiniones de Ribera, habríamos de admitir que la Jota era un canto divulgado en los siglos XII y XIII, que es cuando el llamado «arte libre» empezó a tener vida propia, logrando separarse de la férula del canto llano de la Iglesia. Y en este sentido, también llegaríamos a reconocer que el origen de la Jota se remonta a los troveros provenzales, o que sus primeras señales alcanzan a la época bizantina.

Nosotros, francamente, no somos autoridad en material musical, pero nos consideramos lo suficientemente iniciados para poder ver en el pentagrama de las dos cantigas, y en muy pocos detalles de lo que Ribera llama «Jota de los minneisinger», unas notables analogías con ciertos estilos de la Jota actual. Concedemos a Ribera una plausible preocupación comparativa, pero ello no significa acuerdo total con sus —a veces— atrevidas afirmaciones. Discrepamos, en parte, de sus opiniones, y creemos que el ilustre musicólogo, obsesionado por una idea fija, vio la Jota por doquier y no dudó en considerarla resplandeciente hasta en las más breves e insignificantes frases melódicas de aquel tiempo. Si los juicios de Ribera, proclamando la prodigalidad de la Jota en el siglo XIII, estuviesen de acuerdo con la realidad, sobrarían todas las discusiones, pues nadie dejaría de reconocer la época de las Cantigas como la cuna de la Jota. Pero Ribera no tiene razón en unos casos y se equivoca en otros. Eso de que la «rabalera» ha sido de uso popular durante ocho siglos no es cierto. Conforme con que en las Cantigas «suenen» algo de Jota. Pero, ¿cuándo, dónde, cómo y por quién se ha cantado la «rabalera» desde el siglo XIII hasta que en el XIX se popularizó con línea melódica y cuadratura definidas, siendo interpretada por los can-

tadores de la época del «Royo del Rabal»? No creemos que nadie, por muy documentado que esté, pueda contestar cumplidamente a esta pregunta.

En cuanto a que Ribera ha sufrido equivocaciones, vamos a demostrarlo con un ejemplo, La verdadera «rabalera» no es la «ansotana» a la que también se refiere Ribera. Hay, sí, tres «rabaleras» y, de las tres, es la típica de Zaragoza la única que responde a este calificativo. Las otras también son «rabaleras», pero están modificadas. Lo que ocurre es que el maestro Vives incluyó el estilo ansotano en su zarzuela «La rabalera», y Ribera creyó —suponemos nosotros— que este estilo era uno de los «rabaleros». En tal caso, lo que en las Cantigas pueda apreciarse de la «ansotana» sólo será una analogía con una falsa «rabalera».

Por lo que se refiere a la «Jota de los quintos», Ribera cita y expone una sola frase que recuerda a la de Aguarón, pero se ha olvidado, o ha ignorado la existencia de la «rondadera de quintos» de Fuendejalón, detalle que siempre conviene tener en cuenta para evitar confusiones. En cualquier caso, una sola frase que no llega a completar una estrofa no es suficiente para concederle un valor destacable en la historia de la Jota.

Y para terminar nuestro comentario a la labor de Ribera, sin negar la realidad de alguna de sus comparaciones y el ingente trabajo documental que nos ha ofrecido, siempre aleccionador, recordemos que del mismo modo que Ribera dijo que el insigne Pedrell, en materias de historia de la música popular, tenía una vista extraordinariamente telescópica al afirmar que la Jota es uno de los cantos de danza que se han producido por «conglomeraciones», como las capas geológicas, también nosotros no dudamos en decir que Ribera tiene afirmaciones peregrinas y exaltaciones de su fantasía cuando nos da como hecho indudable la celebración de una fiesta cortesana

en el palacio de Harum Arraxid en la que se cantó la Jota con la intervención de ¡dos mil! ejecutantes.

Nos falta añadir que el maestro Barbieri, que ha pasado a la historia de la música no sólo como el compositor español más castizo y representativo de su tiempo, sino también como eminente musicólogo afirma en su «Cancionero de Palacio», precioso documento de la música nacional de los siglos XV y XVI, que se han hallado huellas evidentes de la existencia de la Jota en esa época. Nosotros recogemos este dato con la misma reserva que los de las Cantigas.

Pero tenemos un documento valiosísimo que nos demuestra la existencia de la Jota antes de que el nombre «jota» apareciese escrito en producciones musicales. Se trata de algo que no hace muchos años causó sensación entre los investigadores acerca del origen de la Jota. Es la realidad de un villancico titulado «De esplendor se doran los ayres», firmado por Joseph Ruyz de Samaniego, maestro de capilla del Pilar, y que tiene fecha de 1666. Mingote y Ramón Salanova nos han dado noticias concretas de este trascendental hallazgo. Lo cierto es que a la vista de su transcripción hemos comprobado que no solamente los dieciséis primeros compases llevan el sello típico y detalles clásicos de las variaciones de la Jota Aragonesa que hoy están en uso, sino que en forma menos definida se repiten a lo largo de toda la composición. Ante este hecho real, debemos admitir que, por lo menos, desde el siglo XVII existieron ciertas variaciones melódicas que, sin el nombre de «jota», guardan grandes analogías con la Jota actual.

De este hallazgo, nosotros deducimos algo muy importante en relación con el origen de la Jota. Creemos no estar equivocados al afirmar que el villancico de Ruyz de Samaniego es el primer documento decisivamente valorable en la historia de la Jota. Y también opinamos que las variaciones melódicas de la Jota Aragonesa no se remontan a épocas muy an-

teriores a la de esta composición. Lo único sorprendente es que Gaspar Sanz, célebre vihuelista aragonés, natural de Calanda, no incluyera la Jota en sus «Instrucciones sobre la guitarra española», obra que se publicó en nuestra ciudad en 1674, o sea ocho años después de la fecha en que se compuso el villancico, máxime teniendo en cuenta que en la publicación de Gaspar Sanz se consignan pasacalles, villanos, canarios, españoletas, gallardas, jácaras, pavañas, paseos y zarabandas. No obstante, nosotros no concedemos gran importancia a este dato, porque entendemos que son muy pocos años de distancia entre una y otra obra para dejar de comprender que cuando la Jota no había destacado en Aragón, difícilmente se podía dar la coincidencia de que dos músicos, a un mismo tiempo, conociesen unas melodías que no habían llegado a alcanzar carácter popular.

APARECE LA PALABRA «JOTA»

La palabra «jota» no aparece consignada en documento alguno hasta fines del siglo XVII. En un manuscrito procedente de Avila, sin texto literario, conteniendo solamente piezas notadas en cifras, en su folio 25 se encabeza así: «La jota». Y en su folio 26, dice así: «La jotta».

Después, en el año 1774, figura el vocablo «jota» en un libro del grabador de sellos Pablo Minguet. Este libro, impreso en Madrid, se titula «Reglas y advertencias para tañer la guitarra». En una sola de sus páginas se nombra a la «jota».

En «El arte de tocar la guitarra española», de Fernando Ferrandiere, impreso en Madrid en 1778, sin que haga constancia de ningún ejemplo gráfico, sólo de paso, en el prólogo, se hace alusión al rasgueo de la Jota. Y fue en este mismo año cuando el compo-

sitor Luis Esteve incluyó la Jota en su tonadilla «Los pasajes de verano».

Es curioso, también, que dentro del siglo XVII surgiese en Extremadura la copla-estribillo a que hace referencia González Hernández:

*Cuchichí, olé ya,
esta jota no me agrada.
Cuchichí, olé ya,
que ha venido de Miajadas.
Cuchichí, olé ya,
esta jota no es de aquí,
que ha venido de Almoharí.*

Y es muy probable que de aquella época surgiese la Jota Extremeña, tal como actualmente se conoce en Villanueva de la Vera (Cáceres). Jota interesantísima, que se canta y se baila acompañada del «son» de los calderos, que dan el ritmo con el golpeo de sus asas metálicas.

Aparte de estos datos y documentos ya no hemos logrado recoger otros de mayor antigüedad.

ORIGEN Y SIGNIFICADO DE LA PALABRA «JOTA»

Acaso debamos admitir el criterio de García Arista, que es, indudablemente, el filólogo-investigador que ha realizado el estudio más completo de este aspecto etimológico. El gran turiasonense nos ofrece conclusiones muy dignas de tomar en consideración.

Así, partiendo del vocablo «sotar» y remontándonos a la época del Arcipreste de Hita —siglo XIV—, cuando en el «Libro de Cantares» se emplea como verbo; y en 1605, en «La pícara Justina», de López de Ubeda, se dice: «salió aquella animata saltadera, trotadera, brincadera, bayladera, sotadera, que

parecía un azogue...»; sin dejar de recordar que «sotar» viene del latín «saltere», que significa «bailar», y es verbo frecuentativo, de «salió, salis, salire» = saltar, brincar, el cual proviene del sánscrito «sal», que es «marchar a saltos»; y, en fin, viniendo a parar —después de interesantísimos datos filológicos, que no es misión nuestra ni ha entrado en nuestro cálculo enumerar aquí— a que, por transformaciones de palabras y efectos de fonética, se ha llegado a la conclusión de que el verbo arcaico «sotar», es decir: «bailar» o «danzar»; y a que siendo el arcaico «sota» la «jota» de hoy, y «sotar» o «saltar con ritmo» era o es «jotar» o «bailar la jota», no creemos sea cosa descabellada admitir este criterio de García Arista y convenir, también con él, que la «jota» vale tanto como «baile», aunque por extensión haya llegado a darse este nombre al conjunto de baile, ritmo-música-variedades, canto, tonada o estilo, y copla o canta.

También Ribera nos dice que en el dialecto árabe de la Península, hablado por los moriscos españoles, hoy un vocablo, «xatha», que se pronuncia «xotha», con significado de baile.

Lo que no cabe dudar ya, y, por tanto, no se debe discutir, es que la palabra «jota» no viene del árabe Aben-Jot, ya que García Arista, después de repasar con atención los mejores diccionarios árabes, no encontró un radical que sea semejante a la voz «Jot». Tampoco lo halló en la toponimia, ni en los diccionarios biográficos musulmanes, ni aun en el Almakari, que da cuenta de los principales músicos arábigo-hispánicos. Respecto a la leyenda de Aben-Jot, más adelante nos ocuparemos de ella.

POLEMICA EQUIVOCADA

Hasta ahora, nada en concreto hemos determinado respecto al verdadero origen de la Jota. Los datos anteriores nos aclaran, sí, algunos puntos esenciales de la historia antigua, pero nada más. Procedamos, pues, a hacer resaltar las dos tendencias o criterios absurdamente divergentes que surgieron entre los investigadores. Unos abogan por el origen árabe-andaluz, y hasta persa y bizantino. Y otros, ciñéndose a la Jota Aragonesa, no le conceden más antigüedad que fines del siglo XVIII o principios del XIX. Pero obsérvese el confucionismo: aquéllos se refieren al origen de la música de la Jota, en general; y éstos han centrado sus estudios en indagar solamente la época en que la Jota de Aragón tuvo su arranque o iniciación a base de destacada manifestación popular. Y lo curioso del caso es que los dos tienen su parte de razón, si bien ninguno acaba de convencernos.

Uno de los primeros en negar el origen árabe de la Jota Aragonesa fue el maestro Bretón. Esto ocurrió en la época en que el insigne músico hacía estudios muy profundos sobre la Jota, dispuesto ya a componer la partitura de su ópera «La Dolorès». Fue, también, cuando Ruiz de Velasco asesoraba al maestro en cuanto se refiriese a la técnica musical de la Jota. Y Bretón, perfectamente documentado —y precisamente en contra del criterio del magnífico asesor—, afirmó: «El aire de la Jota en Aragón es noble, franco, enérgico, amatorio y de cuadrado ritmo; su modo es mayor. Y los aires españoles que se derivan de la influencia islámica son blandos, sentimentales, muelles, de melodía curva, de ondulante ritmo, y los modos son menores».

Con esto que dijo Bretón, y que fue tomado por la mayoría de los críticos como una verdad absoluta, pareció quedar rechazada para siempre la posibili-

dad del origen árabe de la Jota Aragonesa. Y también opinó Bretón que si la Jota no era una variación del fandango, debía proceder de Italia, ya que él encontraba la misma hechura técnica en ciertos pasajes del «Carnaval de Venecia». Ya vemos que Bretón no estaba muy seguro del origen de la Jota.

El gran maestro Arnaudas negó el origen islámico de la Jota al decir: «La construcción musical de la Jota, melódica, rítmica y armónicamente considerada, es absolutamente moderna; y no sólo no contiene ningún rasgo de los que caracterizan a la música árabe o religiosa de los siglos medios, sino que tampoco los tiene de la época del Renacimiento; rasgos estos últimos que perduraron en España hasta la música de la mitad del siglo XVIII.»

Otro argumento de Arnaudas, coincidiendo con varios investigadores, fue que la Jota cantada no existía en los años jóvenes de sus abuelos. Y, también, que hasta la aparición del «Royo del Rabal», en la segunda mitad del siglo XIX, no se conocía a ningún célebre cantador de Jota. Por último, alega Arnaudas que en el Archivo Municipal de Zaragoza no se menciona la Jota hasta ya entrada la época de los Sitios. Nosotros discrepamos algo del competente maestro aragonés. Reconocemos, sí, que antes del «Royo del Rabal» y de Mariano «el del Gas», que ya cantaba en 1840, no abundaban en Aragón los intérpretes popularizados. Pero esto no quiere decir que en muchas comarcas aragonesas dejase de cantarse la Jota. Y tampoco es suficiente argumento que los abuelos de Arnaudas desconociesen nuestro canto. Nosotros podemos afirmar que en Sallent del Gállego, allá por el año 1908, conocimos a un abuelito llamado Esteban Urieta, que a sus ochenta años nos decía que él, de muy niño, oyó cantar la Jota y la vio bailar, recordando que sus padres y abuelos ya la conocían. Entonces, la Jota era muy sencilla. En el baile se ejecutaban solamente dos o tres variacio-

nes, con el detalle de que las parejas, cuando llegaba el canto, se unían y dejaban de bailar sueltos, igual que si se tratase de un vals. Conste, pues, la realidad de estos hechos.

El musicólogo Gascue se nos muestra muy conciso, y se limita a decir que en la Jota no hay ningún elemento árabe, y de haberlo tendrá muy poca importancia. Y, como Gascue, Olmeda opina que la Jota es moderna.

Chavarri no se atreve a determinar el origen de la Jota, pero cree que debió tomar carta de naturaleza en Aragón, y extenderse por España a raíz de la Guerra de la Independencia.

El maestro Araiz, ex profesor del Conservatorio de Música y de la Escuela Municipal de Jota de Zaragoza, no es partidario de aceptar opiniones encaminadas a demostrar la antigüedad de la Jota cantada más allá del siglo XVIII. Y considera probable que la Guerra de los Sitios diera a la Jota el altísimo valor estético que encierra su aire bravío y retador.

Pedrell pensó que la jota data de la época de la invención de la cuarteta, aunque también supuso que no tiene más de siglo y medio de existencia.

Emilio Alfaro, el llorado periodista y célebre historiador aragonés, habló de la Jota en términos bastante aceptables. Refiriéndose a la Jota como espectáculo público, afirmó que «la primera vez que la Jota subió a los estrados, y, por cierto, estrados reales, fue en el año 1820, con ocasión de la estancia en nuestra ciudad de Fernando VII y su esposa Amalia de Sajonia». Pero Alfaro también se muestra partidario del origen árabe, al decir: «La Jota vino a Zaragoza con los maravillosos artífices que crearon el sutil encaje arquitectónico de nuestra Aljafería. Y aquí echó raíces, el pueblo la hizo suya, comunicándole su espíritu. Fue durante muchos siglos popular,

aunque sin aire al exterior. El pueblo alegró con ella sus fiestas, recreó sus amores y animó con su ritmo optimista sus trabajos. No pasó al pentagrama del musicólogo, como tal Jota Aragonesa, hasta principios del siglo XIX, pero esto no quiere decir que no existiera antes y con iguales características que en la actualidad.»

Por su parte, el maestro Ruiz de Velasco opina que el canto popular aragonés es de origen arábigo-español, con dos procedencias distintas, hijas de opuestas civilizaciones. Dice que debió existir un baile popular, acaso de origen celta o godo, con ritmo ternario, cual son los de las naciones guerreras del Norte. Vinieron los árabes, se asimilaron tal danza, diéronle algo de su propio carácter, dulcificaron sus movimientos y resultó la Jota, como hoy se conserva, fogosa en la parte que puede llamarse instrumental, conocida con el nombre de «variaciones», y lánguida, sentida y voluptuosa desde que empieza el canto, tan propio de nuestros antiguos dominadores.

Nosotros acogemos con verdadera reserva estas manifestaciones de Ruiz de Velasco, y mostramos nuestra disconformidad en cuanto a que el canto de la Jota Aragonesa sea lánguido y voluptuoso. El canto aragonés es, ante todo, bravío, enérgico, rudo, seco, y, precisamente, libre de toda voluptuosidad, sobre todo en la Jota de ronda, a la que nos referiremos después. La canción de Jota, al menos en Aragón, no es lánguida, aunque en algunos estilos existan líneas melódicas sentimentales, reconociendo que ciertas tonadas se han incorporado a los repertorios actuales con determinadas características de sabor islámico. Otra cosa es la Jota que rezuma en las «isas» canarias, con sus cadencias lánguidas y voluptuosas, y en la mayor parte de las Jotas españolas, no aragonesas, que acusan líneas melodiosas que se interpretan con suavidad, sin detalles enérgicos. Y especialmente la Jota valenciana, que tiene definidas

reminiscencias orientales o meridionales, que llevan el sello inconfundible de la influencia mora.

Pero nuestra Jota, no. Es, para nuestro criterio, la Jota «macho»; y es un hecho evidente su distinta efectividad cuando se interpreta por un hombre o por una mujer. La verdadera Jota, la recia, la brava, la ruda, la de ronda o «rondadera», cuadra más a las voces varoniles y al empaque masculino, pues la inmensa mayoría de los estilos de Jota contienen líneas melódicas valientes, enérgicas, en tono mayor; y los mejores efectos se logran con las tesituras barítono-atenoradas, aparte de que los agudos no resultan tan bellos en la mujer, y los floreos son muy limitados. Esto no quiere decir que en los blandos, ondulantes, sentimentales, no pueda una cantadora igualar y aun mejorar la efectividad del cantador. Y las cantadoras aragonesas también tienen su encanto cuando valientes y decididas hacen brotar de sus gargantas lo que el alma siente o lo que palpita en el corazón. Y aquí nos parece oportuno dedicar un recuerdo admirativo a los nombres inolvidables de Asunción Delmás, María Asensio, María Blasco, Pilar Gascón y Pascuala Perié.

Fue Ribera quien comentando la influencia de lo andaluz en algunos estilos de Jota, dijo que la copla de Aben-Jot es una maja andaluza disfrazada de baturra, y la malagueña una baturra disfrazada de maja de Andalucía. Y dijo también que si Bretón opinó que la Jota es una «consecuencia» del fandango, él cree que los indicios técnicos son bastante claros y probatorios de que el fandango procede de la Jota, lo cual no concuerda con esto otro que el gran arabista afirmó: «...ya no ofrece duda de que la Jota es de procedencia andaluza, escuela ésta que deriva de la árabe». Y para colofón de tantas y tantas suposiciones, termina diciendo: «La jota debe ser reconocida como uno de los géneros más primitivos de la escuela árabe, de tiempos en que el carácter

militar era predominante, y por eso la Jota es briosa, enérgica, viril». Pero Ribera no había terminado. Todavía nos dijo que siendo la música árabe más antigua y primitiva una copia literal, casi mecánica, de las canciones bizantinas y persas, a confesión de sus propios historiadores, los cantos de Jota se debieron recibir de Persia y de Bizancio.

Al llegar a este punto, nosotros tenemos especial interés en afirmar rotundamente que el origen de la Jota no tiene nada que ver con el tan traído y llevado Aben-Jot. La célebre leyenda es solamente eso: una burda leyenda, propia de almanaques o romances de tipo populachero, donde la fantasía llegó a los límites de lo grotesco y de lo absurdo, aunque no deja de tener su amenidad, resultando —hasta cierto grado— bella y digna de interesar a quienes no la conozcan íntegramente. Existen varias versiones, a base del mismo argumento, pero ninguna como la que nos dio a conocer el gran musicólogo Angel Sagardía, y que dice así: «Hacia 1169, cuando España se hallaba bajo la dominación musulmana, deambulaba por Levante un moro músico y poeta, llamado Aben-Jot, escasísimo de bienes pero opulento en idealidad.

Provisto de una «guiterna», no se celebraba fiesta morisca que no amenizase con sus originales y melodiosas composiciones.

Por vez primera, promediaba ya el año 1169, interpretó en notable zambra una canción tan sencillamente inspirada y de cadencias tan agradables, que sus oyentes auguraron lograría popular y dilatada existencia.

Con toda severidad fue amonestado su autor por varios santones, a quienes pareció la canción atentatoria al rito y costumbres musulmicas.

El débil caíd Muley-Tarek, a instancias de los musulmes y enemigos del músico, ordena el inmedia-

to destierro de Aben Jot, por el solo hecho de ser el creador del indicado cantar, que no era otro sino la Jota.

Desolado por la injusta e innmerecida sanción y acuciado por la necesidad, llega nuestro héroe a Kalat-Ayud, donde, si bien con temor, determina volver a interpretar el hermoso canto objeto de sus penalidades.

Acompañándose de su inseparable «guiterna», empieza a entonarlo en lugar poco concurrido.

Al dar fin a su primera copla rodeábale nutrido grupo de transeúntes. Animado por ellos, canta el resto de su inspirada composición, viendo multiplicarse la cantidad de oyentes y asimismo el entusiasmo de todos.

Escuchada con simpatía por los señores, no tarda en popularizarse aquella canción, patentizadora del carácter de la raza.

Arraigó con potentes raíces en nuestra tierra y, cristianizada, recibió el nombre de Jota, a manera de homenaje a su creador, el moro Aben-Jot.»

Esta era la leyenda, pero nadie, en la actualidad, debe admitir que en el año 1169, un moro, músico y poeta, fuese expulsado de Valencia por el delito de lesa morería que significaba haber inventado la Jota; y que esto diese lugar a un verdadero conflicto de Estado, con la presión sobre el caído Muley-Tarek de toda una conspiración de musulimes y santones. Creo que ya es hora de acabar con esta leyenda y con las muchas coplas que con el tema de Aben-Jot salieron a la luz pública sin otro fundamento que la inspiración de los poetas puesta al servicio de la ingenuidad de las gentes. Si no fuese bastante con la opinión de García Arista, también Ruiz de Velasco nos dice que la voz «Jot» no existe en el árabe clásico, ni en los diccionarios biográficos de aquel tiempo dan noticia de persona alguna que lleve tal nom-

bre, cosa extraña si hubiera existido Aben-Jot, puesto que los árabes dieron siempre mucha importancia a la música y a sus maestros.

No queremos terminar este capítulo sin hacer constar algo en relación con el presunto origen árabe de la Jota Aragonesa. Y es que nuestras tonadas no están impregnadas de huellas islámicas hasta el punto de generalizar, afirmando cual Ribera que en la estructura melódica de la Jota existen cadencias y características de la música árabe. Esto no es cierto más que en un limitado número de estilos aragoneses. Así, en el mal llamado «estilo de Aben-Jot», conocido también por «la mora», se dan, sin ningún género de dudas, esas cadencias y características. Pero no olvidemos que, precisamente, este estilo no está considerado como aragonés, porque su tonalidad es menor, porque su aspecto musical no es el típico de la Jota de nuestra tierra, y porque ni siquiera la copla con que se canta es cuarteta, y sí una quintilla:

*Si mi madre fuera mora
y yo nacido en Argel,
renegara de Mahoma
sólo por verte a ver,
hermosa y blanca paloma.*

Lo que sucede es que esta tonada, como otras similares —muy pocas— tomaron carta de naturaleza en Aragón, y las hemos llegado a considerar como adoptivas, reconociendo, a la vez, la belleza de sus líneas melódicas. Tal ocurre con la tonada conocida por la «fiera de Fuentes», una de las más popularizadas en Aragón a fines del siglo pasado, incluida como típica en la Colección del gran jotista Santiago Lapuente, y, sin embargo, presenta frases y cadencia de cierto sabor moruno, hasta el punto de que la insigne actriz María Guerrero —que cantaba muy bien la Jota— la bautizó con el título de la «jota honda», por

sus analogías con el canto «jondo», y ya se ha dicho las relaciones que existen entre lo árabe y lo andaluz.

También hemos de reconocer que todas las tonadas aragonesas que en su melodía llevan bemol, aunque sea accidentalmente, o frases aisladas de tonalidad menor incompleta, dan cierta impresión de reminiscencia árabe. Tal ocurre con la «fiera antigua», que casi siempre se ha cantado con esta letra:

*Nadie le tema a la fiera,
que la fiera ya murió;
al revolver una esquina
un valiente la mató.*

Igualmente existe «algo» que parece recordar las cadencias arábigo-andaluzas en la tonada conocida por la «fiera del ¡ay!» de Fuentes. Y llegando al máximo de escrupulosidad y de concesiones, todavía se pueden citar una docena de estilos aragoneses que en alguna de sus frases, con o sin bemol, pudiéramos hallar alguna analogía con la música árabe o con la andaluza. Pero esto no significa nada fundamental si tenemos en cuenta que en la Antología de la Jota cantada, en Aragón, existen —como diremos más tarde— cerca de doscientos estilos diferentes. Por todo lo cual no cabe que nosotros admitamos que el origen de nuestra Jota sea árabe por el simple hecho de que dichas analogías se encuentren, más o menos acusadas, en un número tan reducido de tonadas.

Con esto hemos llegado al final de la absurda polémica que existe entre los investigadores. Hemos podido observar cómo musicólogos eminentes defienden sus respectivos criterios, incurriendo en lamentables contradicciones. Y hemos dado a conocer las dos tendencias, perfectamente definidas: una, la del origen árabe de la Jota, en general, y su existencia imprecisa a partir de la época del «zejel» y de las

Cantigas. Y otra, que la Jota Aragonesa tiene su iniciación en la época del villancico de Ruys de Samaniego (1666), más admisible que en los finales del XVIII o principios del XIX.

Ahora, nosotros debemos añadir algo que consideramos muy interesante: la evolución del baile, canto, ronda y rondalla en Aragón.

EL BAILE DE LA JOTA

Respecto al baile de la Jota Aragonesa, diremos lo mismo que ya hicimos constar al hablar del folklore en general. Existe un origen de todas las danzas y bailes populares, pero no es posible determinarlo exactamente en muchos casos. Casi siempre hay que contar con el triple factor *evolución-adaptación-transformación*. Lo que no cabe duda es que la Jota de baile, tal como la conocemos actualmente en Aragón, no tiene los precedentes que le conceden Incega y Ruiz de Velasco, al opinar aquél que la Jota data de la época de los bailes griegos, y éste, que su origen es celta o godo. Ambos criterios no dejan de ser simples suposiciones sin fundamentos suficientes para admitirlos como probables.

Cabe, sí, reflexionar sobre algunos fragmentos de la «Antología del amor», de la que es autor Pedro Manuel de Urrea, aragonés que vivió entre los años 1486 y 1536. Al hablar de la belleza de una zaragozana, canta con esta «maestría»:

*Con tu saya, la amarilla,
y tus chapines pintados,
a todos das mil cuidados,
de nadie tienes mancilla.
La sotija y la manilla
te hacen ir muy lozana,
hermosa zaragozana.*

*Vas estirada la zanca,
con largo y justo calzado,
y tu bailar mesurado
gran sobra de tierra atraca;
tan colorada y tan blanca,
hermosa zaragozana.
Bailas con tales antojos
cuando en el mandil te tocas
que te miran con las bocas
abiertas como los ojos.*

Como se ve, ya en el siglo XV, hubo un poeta aragonés que nos pintó, en parte, a la baturra del XIX, hablándonos de su baile, que no dudamos en reconocer que fuera, por lo menos, una iniciación del actual.

En cambio, Ricardo del Arco no cita el baile de la Jota en su magnífico libro «Aragón», y eso que dedica extensos comentarios, plenos de documentación, a los bailes y dances en la región aragonesa a partir del siglo XV, cuando los mozos danzaban al compás del tambor alrededor de las colosales hogueras que iluminaban la plaza Mayor. Y habla del siglo XVI, cuando en Graus se daban los cuadros de los danzantes, tomando parte en ellos las mejores mozas de la villa. Y se refiere a la música que era interpretada por la trompa, el tambor y la gaita. Y hace mención de los comediantes y cabezudos que aparecieron en el siglo XVIII. Y desde aquí hasta el final de siglo habla de toda clase de danzas, bailes, dances, albadas, etc., sin nombrar para nada a la Jota.

Braulio Foz, en su novela aragonesa «Vida de Pedro Saputo», al describir un baile en un pueblo de Aragón, durante el siglo XVIII, dice que se tocaron varias piezas, entre ellas un «canario», del que después se derivó la Jota. Pero está bien sabido que el «canario» es un baile similar a la «petenera», y

ésta está construída a base de dos ritmos mixtificados, y la Jota no tiene nada de esto. Además, si la Jota se hubiese derivado del «canario» en pleno siglo XVIII, ¿cómo explicar que en 1666 ya existiesen las típicas variaciones contenidas en el villancico de Ruyz de Samaniego? Forzosamente tendríamos que admitir que el «canario», y hasta la «petenera», procedían de la Jota. Esto ya es muy complicado, y no vale la pena de discutirlo.

De todos los modos, ante tantas opiniones encontradas como se han lanzado al hablar del origen del baile de la Jota, sólo nos queda la seguridad de que el baile, como la música y el canto, llegó a Aragón en franco período evolutivo y fue aquí, en nuestra tierra, donde se especificó, se le dio amplitud, se innovó en estilos y variaciones, y se popularizó hasta constituir espectáculo definido, típico y representativo. Y así se explica que de las descripciones que antaño se hicieron del baile aragonés, a la realidad actual, existan tan marcadas diferencias. Del baile de la Jota decía Soriano Fuentes en su «Historia de la música española: «es el baile que lo ejecutan un hombre y una mujer, y es una especie de combate que libran los dos, colocados todo el rato frente a frente, tocando las castañuelas, avanzando y retrocediendo, de una manera aparatosamente agresiva, alzando los brazos y moviendo las piernas como si fueran a pisarse».

Y Havelock Ellis, en «El alma de Aragón», nos presenta el baile de la Jota como un «combate» entre hombre y mujer. Y a este tenor, otras descripciones similares, que nada especifican.

Ha sido preciso el transcurso de muchos siglos para que la realidad del baile de Aragón esté condensado en estas tres facetas perfectamente diferenciadas: Jota de Zaragoza, de Teruel y comarcas centrales de nuestra provincia; Jota viva, alborozada, saltadora, «garreando», «picando». brazos en alto,

cuerpo erguido, con destellos desbordantes, ágiles, rápidos, impetuosos, varoniles. Jota del Bajo Aragón (Alcañiz, Albalate, Calanda, Caspe, Andorra), con mezcla de danza y baile, con movimientos pausados, lentos o semilentos, elegantes, señoriales, apacibles, con sus acompasados juegos de pies, casi sin levantar las piernas en flexión, elevando poco las plantas del suelo y marcando mucho toda la gama de filigranas y punteados. Y Jota del Alto Aragón y del Somontano: suave, mixta, sobria, sencilla, de variaciones limitadas, intermedia entre el brío de la una y lo reposado de la otra, y no por eso menos bella e interesante.

Pues bien: ¿todavía habrá quien crea que los griegos y los godos y los celtas, bailaron la Jota con estas características, ni siquiera parecidas? Y ¿cabe pensar que estos tres estilos se bailaron así, o de forma similar, en la época de la dominación árabe, o que antes del siglo XVIII ya se conocieron con las mismas facetas y detalles diferenciales citados? No, no se puede admitir esto. Recurramos de nuevo a la evolución, y aunque admitamos que la Jota bailada tuvo origen antiguo, reconozcamos también que sólo se debió tratar de incipiencias que evolucionaron y se modificaron hasta que en Aragón se transformaron progresivamente y siempre en consonancia con ese «algo» que nos caracteriza y que impregna y satura a la Jota con el sello de lo aragonés y de lo baturro.

LA JOTA CANTADA

Admitamos, y ya es mucho admitir, que en el «zejel» tunecino, en las Cantigas y en los «mínneisinger» existiesen melodías similares a algunas de la Jota actual. Y admitamos también, y esto ya es más aceptable, que esas melodías se propagasen por Es-

paña constituyendo un embrión, incipiente o rudimento de Jota, que si nombre de «jota» sonase a Jota en el transcurso de los siglos, sin modificaciones importantes, desde luego. Pero, ¿cómo vamos a admitir que la Jota cantada pudo, entonces, llegar a ser un copioso arsenal de estilos diferentes, hasta el punto de crearse una Antología tan nutrida —cerca de doscientas tonadas para canto, baile y ronda— como la que a partir del siglo XIX se hizo efectiva y popular? No, y otra vez no. La Jota cantada pudo existir mucho antes de esa época, no sólo en Aragón, sino en toda España, o en la mayor parte de sus regiones, pues es un hecho probado que la música de la Jota se conoció en Vasconia, Navarra, Castilla, Extremadura, Baleares, Canarias, Galicia, Asturias, Valencia y Murcia. Ahí están las «isas» isleñas, la Jota manchega, la extremeña, la murciana, la navarra, la riojana, y las melodías de la Jota del Carnaval, de Salamanca; de la Canción de ronda, de Burgos; de los Cantos de la Montaña, de Santander; de la «rueda» asturiana, y tantas y tantas diseminadas por la Península Ibérica, incluyendo las célebres «chulas» de Portugal, en las que se dan ciertas analogías con la Jota española. Pero, ¿acaso de todo ello se puede deducir otra cosa que la existencia de la Jota fuera de Aragón, en forma limitadísima y sin llegar a constituir especificidad alguna, y menos caracter típico regional representativo? Porque, ¿dónde que no sea nuestra región se cantó, bailó, ejecutó la Jota en las rondallas, y se rondó con la Jota con tanta variedad y con tan perfecto conjunto como en Aragón? Y ¿dónde como en nuestra provincia, allá por el año 1850, surgieron los primitivos cantadores no profesionales? Fue entonces cuando apareció Mariano «el del Gas» y tras él, una legión en la que figuraron, ya popularizados, entre otros, los nombres o apodos de «El Jardinero», «El Carretero», «El Cuaderno», «El Leñador», «El Rondaor», «El Aragonés», «El Agu-

do», «El Tío Rufino», «El Tío Lerín», Cirilo «El Boniquete», «El Alguacil de Caríñena», «El Carabinero», Francisco «El de la Vieja», «El Grabador», «El Rufas», «El Perú», y ya en plena época del florecimiento de la Jota antigua, de la clásica, la figura incomparable de «El Royo del Rabal», eternamente simbólica en la historia del canto aragonés.

Y ¿dónde, cuándo, cómo y por quién, fuera de Aragón, se ha logrado dominar el secreto de la fidelísima interpretación de las famosas «rabalera», «femateras», «oliveras», «trilladoras», «segadoras», «labradoras», «rondaderas», «zaragozanas libres», «aragonesas puras» y «fieras», todas ellas popularizadas en nuestra región? No, no hay ninguna duda: las primeras melodías de la Jota llegaron a España de donde fuese, o se crearon en nuestra Península en la forma que se quiera admitir como la más probable. Pero la Jota, la canción de Jota en Aragón, a través del tiempo, fue la única que se adaptó, evolucionó y se modificó hasta conseguir especificidad y constituir el canto aragonés por antonomasia, pudiendo afirmarse que vivió en latencia mucho antes del siglo XIX.

LA RONDALLA ARAGONESA

La rondalla, factor instrumental que como elemento complementario expresa las múltiples variaciones musicales de la Jota, dándole vigor, ritmo, tipismo, animación, estímulo y alegría, no tiene origen lejano. Podemos admitirla en la época de la Guerra de la Independencia, ya que Vázquez de Taboada, en su obra «Los Sitios de Zaragoza», nos habla de las primeras rondallas aragonesas al mencionar la existencia, entonces, de la llamada «provincial» rondalla. Luego, en 1820, recordaremos lo que indicó Emilio Alfaro: «...los jóvenes labradores de las clá-

sicas parroquias del Gancho organizaban sus típicas rondallas, cuyos conjuntos, si hasta entonces no habían actuado más que en festejos populares, eran ya famosos en todo Aragón, con el nombre de «Rondallas de Zaragoza», habiendo alguno de sus componentes defensores de los reductos del Portillo y del Pilar». Después, sólo queremos mencionar que en 1874 aparecieron las rondallas de Vicente «El Valenciano» y de Mariano Naval «El Tío Carrucha». Por cierto que en estas rondallas tomó parte como bandurrista, a los nueve años, el que más tarde habría de ser eminente maestro de violín, nuestro ilustre don Teodoro Ballo, que todavía vive y recuerda con emoción aquella época de su infancia.

Y aunque ya nada importa la existencia de rondallas más modernas al objeto de tener en cuenta su antigüedad, considero justo recordar que en 1875 se formó la rondalla del maestro Lasala; en 1879, la de Tomás Adiego; en 1885, la reunión de ocho rondallas, en un concurso celebrado en la Plaza de Toros, entre ellas una de Gallur, otra de Cariñena y otras de Molinos (Teruel), de Caspe y de Aníñón. En 1891, la del inolvidable maestro Orós, gran músico y director. Y, por fin, en las postrimerías del siglo XIX, la rondalla de Calavia y la del ilustre maestro Trems.

De lo expuesto se deduce que la rondalla aragonesa no tiene mayor antigüedad que los finales del siglo XVIII y albores del XIX.

LA JOTA DE RONDA

A no dudar, ésta es la faceta más representativa, la más evocadora, la más sugestiva, sin la cual el espectáculo de la Jota Aragonesa, magnífico e impresionante en su conjunto, sería siempre maravilloso, pero quedaría «cojo», «incompleto», falto del realismo con que la Jota nació en los pueblos cuando la

Jota casi se limitaba a eso: a ser Jota rural, natural, espontánea, sencilla, sin complicaciones de vestimenta y escenografía, sin protocolos y sistematizaciones, sin estilizaciones de «ballet», ni adulteraciones folklórico-teatrales.

Las verdaderas jotas de ronda son aquellas que hace casi un siglo llenaban el ambiente rural de Aragón con sus arrogancias, sus amores, sus exponentes de sana juventud, sus destellos de gracia, sus rasgos de humorismo y, sobre todo, su ejemplar respeto a lo tradicional, a lo espiritual, a lo popular, a lo representativo.

Esta faceta de la Jota es en nuestra tierra donde alcanzó su máxima importancia y popularidad. Hubo épocas en que en casi todas las comarcas aragonesas se rondaba de noche con la Jota. Y se rondaba, unas veces con una simple guitarra, con un mozo solo, o con un solterón famoso por su gracia y socarronería, los que altaneros y decididos rompían el silencio de la noche con sus sencillas tonadas e ingeniosas coplas alusivas. Y frecuentemente, una cuadrilla de mocicos, con guitarras y requintos, dedicaban la noche y el amanecer a rondar a todo el pueblo, desgranando con canto recio, viril, recortado, sin trampa ni reservas, ni floreos ni calderones, las coplas humorísticas, las retadoras, las joco-serías, las irónicas sin sátira hiriente, las de agudo ingenio, las religiosas y devotas para sus Vírgenes y Santos, las de «doble intención», las de «picadillo», las de firmeza, lealtad y constancia en el querer, y las que como contenido fundamental expresaban los sentimientos de *amor, fe, patria* y *Virgen del Pilar*, todo ello representativo, típico, característico del pueblo aragonés. Y qué contraste entre aquellas coplas y las que modernamente se han publicado, cantado y propagado en Aragón y fuera de Aragón, impregnadas de ese «baturrismo» intolerable, incalificable, que se nos ha acumulado injustamente, y de esas otras llenas de

zafiedad, plagadas de grosería y plenas de mal gusto, que lamentablemente todavía se leen y se escuchan, sin que haya medio de hacer desaparecer definitivamente esa indignante aureola dentro de la cual los de fuera... ¡y los de dentro de casa! nos han encerrado.

Y ¡cuántas veces en Aragón la Jota de ronda dejó de ser costumbre ejemplar al desencadenarse el desenlace sangriento de dos rondas encontradas, sin más atenuante que la circunstancia de un epílogo de una pugna de amor y celos, de un inevitable antagonismo entre dos lugares vecinos, de una exaltación del temperamento, de una rebeldía del carácter, o de un impulso indomable de la juventud!

Esto eran las noches de ronda al son de la Jota. Y no vamos a determinar el origen de ellas. No se ha llegado a precisar cuándo la Jota de ronda se inició en Aragón. Huyamos de querer relacionar o comparar a nuestros mocicos con los juglares o truhanes que cantaban las poesías de los trovadores o recreaban a los reyes y cortesanos. Y no tratemos de hallar analogías entre aquellas melodías y las de nuestra Jota. La Jota de ronda se dio en Aragón con el florecimiento de la Jota cantada. Y hay que admitir que antes de ese florecimiento, acusado en el siglo XIX, ya en muchas comarcas aragonesas habría tonadas, y no pocas, que se interpretarían en cualquier ocasión en que un mozo enamorado tuviese a mano una guitarra, una copla germinando en su cerebro, y una moza a quien dedicarla. Después, sí; la Jota de ronda en pleno siglo XIX fue un riquísimo vivero de tonadas ágiles, sencillas, originalísimas y sugestivas, que rasgaron el aire en las heladas noches de invierno, en las suaves del otoño, en las cálidas del estío y en las embalsamadas de la primavera. Y entonces fue cuando una ronda de mozos — ¡nunca de mozas! — acompañada del limpio punteado de las bandurrias y del seguro y recio rasgueo de las gui-

tarras y requintos, constituyó el hermoso, poético, atractivo e incomparable espectáculo de la Jota de ronda aragonesa.

LA JOTA EN LOS SITIOS DE ZARAGOZA

Hemos dado a conocer las opiniones en pro y en contra de la probable iniciación de la Jota tañida y cantada coincidiendo con los años de nuestra heroica epopeya. Y no hemos ocultado nuestro criterio concediendo vida latente y evolutiva a la Jota bastantes años antes de la Guerra de los Sitios. Nos queda admitir que, precisamente, en aquellas sublimes jornadas fue cuando la Jota surgió con una arrolladora vitalidad, con unas características hasta entonces desconocidas. Fue cuando la Jota, como dijo Salvador Rueda, agitó cascos, plumas, lanzas y banderas, y en ella sonó el fragor del cañón, el relincho de los caballos y el choque de las espadas. Y como añadió González Hernández: «Cuando el artesano indignado exclamaba: ¡Vive Dios que este negocio se ha de terminar con el puñal en una mano y el rosario en la otra!, al escuchar la noticia que publicaba el 24 de mayo de 1808 la «Gaceta de Bayona», sobre la violenta renuncia de Fernando VII. Cuando el gran Palafox exhortaba al pueblo zaragozano con estas palabras: «La Religión, el Rey y la Patria gemirían con opresión si la magnanimidad de vuestros pechos no fuese un muro incontrastable a todo el que aventase contra ellos». Y desde aquellas frases, la Jota se hizo más brava, más enérgica, más viril. Y salió a la calle, y mezclóse entre las gentes. Y se fundió con el carácter del pueblo para surgir en cada esquina, en cada calle, en cada plaza o paseo, afirmando su voluntad. Y entonces la Jota se hizo la expresión más fiel, más pura y más hermosa del sentimiento del

pueblo zaragozano, que la transformó en canto de guerra y de victoria, de dolor y de esperanzas...»

Esta es la Jota de los Sitios, que según el maestro Arnaudas se hizo majestuosa y atrayente, viril y, al mismo tiempo, conmovedora. La que a juicio de Felipe Sassone fue canto de amor y de guerra, sin desfallecimientos sentimentales, porque la Jota no llora nunca, ni sabe de romanticismos blandos. Así, la Jota se convirtió en expresión musical del genio de la raza, y en el canto español por excelencia.

Estas referencias destruyen la obsesiva opinión de los pocos que niegan la existencia de la Jota en la época de los Sitios, basándose únicamente en el hecho de que en los Archivos de Zaragoza no se hace mención de ella hasta muy entrada la fase de la postguerra. Este dato podrá tener el valor relativo que se quiera, pero por encima de ello está la certidumbre de otros hechos históricos referentes a la evolución de la Jota desde mucho antes del comienzo del siglo XIX.

Para completar este capítulo exaltativo, vamos a ofrecer una visión nuestra inspirada en la obra «El Sitio de Zaragoza», de Manuel Vázquez de Taboada, y en una «Historia de los Sitios», de la que es autor un escritor anónimo que se firma *Amante de la Patria*. De ambos hemos recogido algunos aspectos concisos de lo que fueron o pudieron ser las coplas de Jota y las noches de rondalla organizadas por los defensores de la ciudad del Ebro en algunas de las pocas treguas de lucha contra los invasores.

Dato interesante es que Vázquez de Taboada hace referencia a guitarras que se templaban mientras se formaba el grupo de la «provincial rondalla», que estaba integrada por los «profesores» en el centro; a su alrededor, las mujeres; y un círculo de personas en la retaguardia y en la vanguardia de la alegre comitiva. Pronto los acordes de las guitarras se confundían con el rumor de las voces y el ruido que ha-

cían los fusiles al chocar contra el pavimento de las calles. Esto de los fusiles por doquier y acompañando a los rondallistas no es de extrañar, si tenemos en cuenta que todo estaba preparado para la lucha, porque los franceses podrían caer sobre la ciudad de un momento a otro.

Pues bien: en este ambiente de alegría ante el peligro, la voz ruda y potente de un mozo debió rasgar el aire entonando esta copla inicial, que transcribimos al pie de la letra:

*Tiene los aragoneses
de oro puro el corazón,
y también de acero tienen
la firmeza y el valor.*

Y admitimos que luego, parándose la ronda frente a la casa donde probablemente vivía una hermosa zaragozana, tal vez novia de uno de los rondadores, se escucharía esta otra copla, verdaderamente poética, mezcla de reciedumbre y delicadeza, copiada literalmente:

*Tú, que en hora tan serena
duermes en lecho de rosas,
despierta, porque te llaman
los hijos de Zaragoza.*

Y, también, que ante la puerta de un palacio de típica arquitectura, una mirada de enamorado y una voz emocionada se dirigiesen a la monumental fachada, donde, tras los herrajes de una verja de filigrana, resplandecían los ojos de una mujer que oyó halagada esta copla de su galán:

*Bien haya la buena madre
de quien lucero has nacido.
Bien haya el Dios poderoso
que tal maravilla hizo.*

Y suponemos, como lo más probable, que entre coplas, júbilo, aclamaciones, vítores y alegría, continuó la ronda por las calles, callejas, plazas y plazuelas del Arrabal, de la Magdalena y de San Pablo, lanzando a los sitiadores, entre los primeros destellos de la aurora, esta cuarteta:

*Dicen que los imperiales
sobre Zaragoza vienen,
mas tampoco se descuidan
los bravos aragoneses.*

Y esta otra que refleja el estímulo que la Jota representaba ya para los zaragozanos:

*Cuando suena la guitarra
y se canta nuestra Jota,
no hay nadie que pueda entrar
a la fuerza en Zaragoza.*

Y, según las mismas referencias, debió darse el caso de que cuando la ronda avanzaba entre bombas que explotaban a su paso, se oyese la copla humorística y retadora:

*Tirar bombicas, tirar,
que no nos amedrentamos;
de castañuelas le sirven
a la Jota que tocamos.*

Y esta otra, que debió cantarse a modo de despedida:

*Nos marchamos a dormir,
con que duro y apuntar,
que Zaragoza no teme
mientras exista el Pilar.*

Y es que los zaragozanos de entonces, aparte de su amor a Aragón, a España y a la Jota, se entregaban preferentemente al culto y a la protección de la Vir-

gen Aragonesa, y ponían todo su empeño en mantener incólume y respetado su Pilar bendito. Aquellos héroes, no pudiendo hacer uso de grandes medios guerreros contra las tropas francesas, llegaron a combatir optimistas y a realizar los más sublimes actos de sacrificio, de valor y de resistencia, animados por la fuerza sugestiva de la Jota y por la fe en su excelsa Patrona. Así avanzaban y retrocedían y daban el pecho y morían, mientras en las calles y en las rondas, y en los soportales de las plazas y en el campanario de la Torre Nueva, se escuchaba el rugido de los mozos bravos proclamando a modo de reto:

*Aunque vengan más franceses
que arenas tiene la mar,
no moverán de su sitio
a la Virgen del Pilar.*

A la vez que —como expresó Galdós— coros de mujeres y niños, de viejos y mutilados, en inmenso corro y acompañados por la música de los regimientos, todos ellos obstinada y enfervorizadamente tocaban, cantaban y repetían con orgullo y afectación el famoso tema:

*La Virgen del Pilar dice
que no quiere ser francesa,
que quiere ser capitana
de la tropa aragonesa.*

Pero llegó el segundo Sitio de Zaragoza, y, con él, el día de la resistencia inútil y de los estériles sacrificios. Fueron los momentos trágicos en que la ciudad ofrecía una visión dantesca, un aspecto sobrecolector. D. Benito Pérez Galdós, en sus Episodios Nacionales, nos describe en pocas palabras la horrible y angustiosa situación de los escasos defensores, diciendo: «Ya las campanas no tocaban a alarma, porque no había campaneros. Ya no se oían pregones,

porque no se publicaban proclamas. Ya no se decía misa, porque faltaban sacerdotes. Ya no se cantaba la Jota, porque las voces espiraban en las gargantas a medida que la gente iba muriendo.»

Galdós había reflejado la realidad, pero le faltó decir que entonces se comprende que sonase la guitarra quejumbrosa y se escuchase la triste copla, que no era protesta ni descontento en el fervor, y sí oración compensadora o canto de resignación y acaso de última esperanza, cuando Zaragoza en ruinas, los muertos a montones y los heridos a millares, la mujer zaragozana sollozó ante la imagen venerada:

*¡Virgen del Pilar hermosa,
qué has hecho que te has dormido,
que han entrado los franceses
por la Puerta del Portillo!*

Copla que refleja el sentimiento de un pueblo que hizo frente y puso freno a la invasión napoleónica, y cuya característica racial fue plasmada en la famosa zarzuela, con aquellas estrofas imperecederas:

*Grandes para los reveses,
luchando tercios y rudos,
somos los aragoneses
gigantes y cabezudos.*

Reconozco que en el final de este capítulo me he dejado llevar de la exaltación, y también de una irrefrenable fantasía, no exenta de indudable realismo. Era obligado tocar el tema de la Jota en los Sitios de Zaragoza. Era necesario hablar de ello, porque soy de los que creen que la Jota en Aragón, antes de la heroica gesta, era ruda, seca y rígida, como nuestro carácter, pero no había alcanzado ese vigor, ese impulso, esa fortaleza y esa arrogancia que adquirió al luchar y morir por la Independencia española, defendiendo a la vez el suelo de Aragón y el regazo

donde se venera la imagen de la Santísima Virgen del Pilar.

LA JOTA EN AMERICA

Nos ha parecido interesante traer a esta conferencia ciertos curiosos detalles referentes a la aparición de la Jota en América, a partir del año 1820, que es cuando Antonio Cairón dio a conocer en la Argentina el «Compendio de las principales reglas de baile», que tradujo del francés, en el que se da la siguiente curiosísima nota: «La jota es un *bailecito* característico de los valencianos; se baila en tiempo de tres por cuatro; es de naturaleza alegre y saltante; y hay otro igual que se llama jota aragonesa». Como se ve, poco después de la Guerra de los Sitios, los franceses ya hablaban de la Jota. Esto es muy significativo, y da mayor fuerza a nuestras afirmaciones del capítulo anterior.

La Jota apareció en el Nuevo Mundo bajo tres aspectos: Jota de danza o baile; Jota teatral, y Jota de concierto, sobre todo interpretada por pianistas. También observaremos cómo allí se calificaba y se confundía a la Jota con los más extraños e inadmisibles títulos y comentarios, que quizá puedan mover a risa, pero no por eso dejan de merecer nuestra más severa crítica, aun reconociendo la atenuante de los casos de lamentable interpretación que se dan con frecuencia en las variantes de todo proceso evolutivo.

Fue en el año 1827 cuando empezaron a difundir la Jota en la Argentina. De ello se encargó el célebre tenor Rosquellas, que, por cierto, la cantaba en castellano, vasco, francés, italiano y portugués. Ignoramos qué clase de Jota cantaría, pero baste saber que la cantaba para deleite de sus admiradores.

En 1837, la Jota aparece en el Uruguay, unas veces como Jota teatral y otras como espectáculo por

parejas de baile, profesionales. Muy poco más tarde la conoció Chile, cuando las compañías andariegas del Pacífico caían por aquellas latitudes. Entonces, la Jota se incluía en muchas zarzuelas, y el maestro de danzas Alfredo Zubicueta, residente en Chile, la describía en su «Tratado de baile», diciendo: «se baila con acompañamiento de castañuelas y con movimientos de todo el cuerpo».

En Méjico se ofreció la Jota en actos de concierto, allá por el año 1844. Y en el Perú, en 1847, se conoció la Jota con el título de «boleras de Jota», incluyendo la Jota vasca, la valenciana y la aragonesa. Fue por entonces cuando la pareja Paquita y Majín Casanova anunciaban: «Ocuparán la escena y ejecutarán el tan aplaudido y gracioso baile llamado Jota Aragonesa». Y en 1856 se anunciaba así: «La pareja Expert-Vadillo y la señorita Siena ejecutarán la Jota en una fantasía para tres». ¡Lo que hubiéramos dado nosotros por conocer ese trío de Jota!

Pero lo que nos deja perplejos es que en Lima, en 1883, 1884 y 1886, respectivamente, se conociera la Jota llamando la atención del público chileno a base de titularla «Baile de la resurrección de la carne o Jota Aragonesa»; «Baile andaluz de la Jota Aragonesa», y «Parodia del baile de la Jota Aragonesa». Nosotros hemos dado mil vueltas a la imaginación y no hemos llegado a comprender qué tendría que ver la Jota de nuestra tierra con la resurrección de la carne, ni desde cuándo la Jota de Aragón es baile andaluz, ni a fin de qué en aquellas regiones se les ocurrió inventar una parodia de la Jota. Claro que todo es admisible cuando ya en 1846 un bailarín viajero se dirigió al público del Callao, diciendo: «Don José Cañete, profesor de baile, ofrece sus servicios en este arte, prometiendo enseñar a los jóvenes y señoritas el «solo inglés» y la Jota Aragonesa». Eran los días en que el maestro limeño también ofrecía enseñar la Jota a la vez que «el Cosaco». Así,

no es de extrañar que entre semejante barahunda y mezcolanza de enseñanzas mixtas, títulos desconcertantes y conceptos elucubrantes, nuestra Jota llegase a convertirse en una hilarante parodia, en una dantesca resurrección o en una andaluzada propia de la ya por entonces ignominiosamente propalada «España de pandereta».

De todos los modos, estos datos y fechas invitan a reforzar nuestro criterio respecto a que la Jota debió ser conocida popularmente en España mucho antes que en América, a donde fue llevada en forma tan metamorfoseada por no pocos vividores desaprensivos.

ALGO TENDRA LA JOTA

Jamás hemos censurado a los aragoneses que no son amantes enfervorizados de la Jota. Nunca se nos ha ocurrido pensar que la Jota Aragonesa es algo que deba gustar a todo el mundo. Ni una sola vez hemos llegado a menospreciar a los que no están de acuerdo con nuestra exaltación. Reconocemos que en materia de manifestaciones tradicionales, igual que en cualquier faceta del Arte, hay que respetar muchas veces las opiniones ajenas. Pero lo que no comprendemos es por qué en Aragón no ocurre lo que en las demás regiones españolas cuando, unánimemente en ellas, se siente verdadera veneración por lo más típico de sus folclores respectivos. Así, en Galicia todos los gallegos aman a sus muñeiras delicadas y a sus alboradas sentimentales. Y en Asturias, todos los asturianos se embelesan con sus melodías dulces y subyugantes y con sus canciones montañosas, plenas de belleza y emotividad. Y en Vasconia, todos los vascos rinden culto excepcional a sus cantos originalísimos y a sus danzas típicas, que recuerdan la fortaleza de sus hombres y la atractiva rudeza de su raza. Aurreku, zortzicos, guernicaco, «chistularis» y spatadanzaris vi-

ven siempre con la lozanía arrolladora de su historia, como su idioma perdura dominante en el transcurso de los siglos. Y en Navarra, que nadie se oponga a sus jotas, a sus dulzaineros y a sus cantos populares. Y en Cataluña, al encanto de sus típicos bailes de parejas y a la plasticidad de sus ceremoniosas sardanas. Y en Murcia, a sus jotas y parrandas. Y en Extremadura, a sus evocadoras seguidillas. Y en Castilla, al depurado sabor austero y conventual de sus canciones y al singular atractivo de sus bailes y danzas. Y en Valencia, al encanto de sus albaes, al conjunto espectacular de sus bailes vistosos, a sus canciones populares y a su típica Jota, con todo el clasicismo que le imprime la influencia árabe, cautivadora. Y en Canarias, a sus cadenciosos ritmos y melodías, a sus «isas» y a sus folías. Y, en fin, en Andalucía a su inagotable vena folklórica, a sus cadencias meridionales llenas de voluptuosidad, a sus variadísimas formas poéticas adaptadas a su incomparable canto alto y bajo, y al embrujo de las múltiples facetas del maravilloso baile andaluz. Y, sin embargo, en Aragón siempre ha existido un nutrido grupo de aragoneses a los que la Jota no les da ni frío ni calor, hasta el punto de que «no van a por ella», no obstante la prodigalidad con que se les ofrece en toda clase de ambientes y escenarios. Pues bien: nosotros, que, repetimos, respetamos todos los gustos y todas las posturas ante la Jota, queremos señalar que algo tendrá, algo extraordinario, cuando está plenamente demostrado que es la manifestación folklórica que más éxitos definitivos alcanzó en España y fuera de España. Algo tendrá para que en los concursos internacionales se destaque siempre y alcance los primeros premios y los más altos galardones. Algo tendrá la Jota cuando en nuestra Patria está considerada como el verdadero himno nacional en el aspecto folklórico. Algo tendrá cuando en el teatro lírico español las páginas de Jota han consti-

tuído los éxitos más clamorosos en un centenar de obras de la zarzuela grande y del género chico. Algo tendrá para que los grandes compositores, no aragoneses —obvia incluir a los nuestros—, hayan elegido a la Jota como tema fundamental en obras sinfónicas, en óperas y en concepciones para piano y para violín. Falla, Turina, Sarasate, Granados, Conrado del Campo, Glinka, Rabel, Listz, Larregla, Emilio Serrano, Bretón, Albéniz, Del Hierro, Chapí, Caballero, Chabrier, Waldteufel y Oudrid, algo vieron en la Jota para inspirarse en ella y lograr páginas musicales imperecederas. Algo «único» tendrá la Jota, precisamente la nuestra, para que en el cerebro privilegiado y en la inteligencia portentosa del Papa Pío XII, después de embelesarse y emocionarse viéndola bailar y oyéndola cantar, surgiese la idea de bautizarla simbólicamente con el grandioso título de «Reina universal de España», poniendo el dedo en la llaga para aquellos pocos que no dan importancia a la Jota de Aragón como esencia lírica representativa. Y algo, en fin, tendrá la Jota cuando en la concentración en Madrid, en Chamartín, de las representaciones folklóricas de todas las regiones españolas, se le concedió el privilegio de cerrar brillantemente el sugestivo y emocionante acto, dando lugar a que el coloso cantador aragonés Jesús Gracia, con todas las luces apagadas, a excepción de nuestro estrado, intensamente iluminado, levantara de sus asientos a más de 125.000 espectadores, que se rindieron al embrujo de la Jota entre ovaciones estruendosas y aclamaciones delirantes, constituyendo una vez más, la verdadera apoteosis de nuestro canto regional.

Y si esto es la Jota para el mundo entero, y fuera de Aragón provoca tales entusiasmos, no comprendo por qué no acaba de convencer a algunos aragoneses, para los que —no me cansaré de repetirlo— respeto su opinión sin enojo, sin protesta y sin que su actitud la considere como desprecio o falta de

sensibilidad, de personalidad, de sensatez o de aragonesismo. Me gustaría conocer las causas de tales retraimientos o reservas, y me agradecería llevar esta cuestión a un amigable y fraternal coloquio; por la Jota... y por Aragón.

LA JOTA ES NUESTRA.—FINAL

Para nosotros, los aragoneses, no es cuestión primordial la de averiguar o discutir dónde nació la Jota, ni cuándo vino a España, ni quién la trajo, ni en qué forma llegó; esto admitiendo que su origen no sea hispánico, lo cual habremos de aceptarlo en absoluto cuando se nos demuestre plenamente, con pruebas irrefutables y no con fantásticas leyendas, opiniones de eruditos —respetables, sí, pero no definitivas—, o simples suposiciones basadas en buceos más o menos meticulosos; sin que, por otro lado, neguemos el mérito, avance y alcance de las investigaciones y estudios hechos por algunos filólogos, literatos, críticos, historiadores y musicólogos, a los que ya nos hemos referido en capítulos anteriores, y que cada cual, a su modo y a su tiempo, hicieron cuanto pudieron y supieron por ver de aclarar el origen de la Jota.

Tampoco los aragoneses pretendemos reclamar carta de naturaleza o derecho de paternidad en favor de nuestra región, como si realmente aquí hubiera surgido la célula primitiva, el embrión de lo que luego ha llegado a constituir la más sugestiva, la más maravillosa de las manifestaciones populares brotando exuberante de las más variadas facetas psicológicas, costumbristas, ambientales, raciales y espirituales de toda una extensa región, abundosa, por cierto, en insospechadas revelaciones folklóricas.

Ni cabe en nuestro ánimo la obsesión por la Jota hasta el punto de dejar de sentir profunda admira-

ción y justo entusiasmo por los otros ritmos, melodías, cantos y bailes nacionales que constituyen, sin duda alguna, la más preciada joya, la más variada riqueza del folklore mundial.

Lo único que los aragoneses queremos proclamar orgullosos es que Aragón se entregó a la Jota con tal predilección, intensidad, cariño y constancia, que hoy puede decirse con fundamento que Jota y Aragón y Aragón y Jota forman un nexo específico indiscutible. Es como si la Jota se hubiese creado para Aragón, y como si Aragón hubiese sido la tierra excepcional, adecuada y preparada para recibir a la Jota, hacerla suya, comunicarle su espíritu, darle su carácter, cuidarla, desarrollarla, descubrir su misterio y su grandiosidad y entronizarla en el más alto sillar de la lírica aragonesa, donde se le ama como a una hija predilecta y se le rinde honores como a una reina.

Y si Aragón sin la Jota sería Aragón, con todas sus virtudes, defectos y características —aunque le faltaría lo que actualmente más nos populariza—, la Jota sin Aragón sería también Jota, pero no hubiera llegado a ser lo que la Jota es. Por esto, la Jota Aragonesa es la Jota por antonomasia, la más Jota entre las magníficas Jotas españolas que se cantan, se bailan o se tañen en las ubérrimas huertas murcianas; o entre los arrozales, naranjales y jardines valencianos; o bajo el sol de Castilla en plazas evocadoras o regazos de depurado sabor tradicional; o allá en los viñedos, regadíos, sierras y valles riojanos; o destacando bullanguera al mezclarse orgullosa con la algarabía de los incomparables festejos a San Fermín; o sonando dulce, apasionada y melodiosa en los campos de Tafalla, en las riberas del Ega, Arga y Aragón; o a orillas del Ebro, cuando el río famoso, hecho ya «varón», susurra a su paso por la mejana tudelana.

Pero estas Jotas, no aragonesas, son en aquellas

provincias españolas una atracción más, una simple faceta popular, mientras en Aragón la Jota lo fue todo, y es lo que popularmente más nos caracteriza. Por eso, lo de menos es que la Jota naciese en Oriente, o huyese de Persia, o hiciese escala en Bizancio, o se iniciase en los bailes griegos, o tuviese su incubación en las Cantigas de Alfonso el Sabio o en el «zejel» tunecino, o tomase incremento en Aragón y se extendiese por España a raíz de la Guerra de la Independencia. Lo importante para los aragoneses y para la realidad de nuestra Jota es que en Aragón se hizo factor lírico representativo de un pueblo que a su vez representa a toda una raza, a toda una Patria que considera a la Jota como la expresión popular del más destacado carácter nacional.

Por eso la Jota es nuestra, y por eso decimos que Aragón está en la Jota. Sólo en Aragón fue ella la que estuvo en todo y lo llenó todo, acompañando a las multitudes en las romerías, bailándose a pleno sol en las explanadas de las ermitas, imponiéndose para obsequiar a los recién casados, alegrando el festejo de los bautizos, saliendo a recibir a los mozos licenciados y sirviendo de cortejo para despedir a los quintos. Es la Jota de Aragón que rugió en las trincheras, brotando retadora de las gargantas de los patriotas, y la que fue madrigal y canción de cuna en los labios de las madres aragonesas. Y es, en fin, la que fue de ronda por las calles de nuestras villas y villorrios para surgir la copla festiva ante la casa del alcalde; la humorística bajo el balcón del juez; la jocosa frente a la puerta del boticario; la de doble intención junto al mirador del médico; la socarrona, en las noches de «cencerrada» a los viudos recién unidos en matrimonio; la amorosa y delicada, cara a la ventana de las novias; la fina y ocurrente para todas las mozas del lugar; y hasta la chistosa pero respetuosa para el mosén, que atisbó y sonrió entre los visillos de la Vicaría

Es nuestra la Jota, porque ella fue el canto más viril, que el labrador aragonés prodigó y lanzó al viento; el que perennemente se escuchó en los caminos y en las carreteras, en el monte y en el llano, en el secano y en la huerta, en la siembra y en la recolección, en la siega y en la vendimia, bajo los olivos y sobre las parvas, en las cumbres pirenaicas, en las faldas del Moncayo, en los campos de la Tierra Baja y en las serranías del Somontano.

Es nuestra lo Jota, porque ella representó en Aragón algo consustancial que reflejó nuestro temperamento en mil coplas que nos hicieron reír, llorar, pensar, querer, agradecer, sufrir y rezar.

Y es nuestra, muy nuestra, porque la Jota fue siempre la oración más emotiva que en forma de canta dedicamos los aragoneses a la Virgen del Pilar.

Y por ser tan nuestra queremos desvirtuar y destruir la labor incalificable de los parodistas de la Jota Aragonesa, ridiculizadores de nuestra tierra, de nuestro carácter y de nuestras costumbres, que arrastran el nombre de Aragón con el mismo desenfado e idéntica crueldad con que otros elementos desaprensivos denigran el de nuestra Patria común, presentándola ante el extranjero groseramente reflejada en una serie de interpretaciones grotescas y arbitrarias que impiden acabar de una vez con la injusta fama que llevamos entre quienes sólo nos conocen bajo el vergonzoso aspecto y en el indigno lugar que nos ha colocado esa absurda leyenda, horrible visión, que se hizo célebre con el mortificante título de *España de pandereta*; España que no ha existido más que en la imaginación estúpida de unos bastardos que la presentaron en tráfico de negociantes, o en la ne- cia imaginación de unos ignorantes que se lo creyeron.

Por esto, y porque queremos combatir la anarquía jotera que nos ha traído el profesionalismo; porque anhelamos que la Jota vuelva a ser en los pueblos

lo que antes fue; porque tratamos de evitar los actuales vicios de la Jota cantada, plagada de «latigui-llos», «ventajillas», caprichos, impurezas, calderones interminables y floreos innecesarios; porque debemos exigir que los intérpretes de la Jota no mixtifiquen una tonada viril convirtiéndola en una ramplona canción moderna, con «pianísimos», «pianos», «medio-fuertes», «fuertes», «fortísimos», «acelerandos» y «re-tardandos», y salpicada de «gorgoritos» o fermatas en esbozo, ligados y portamentos sentimentales, voluptuosos, enervantes; porque hemos decidido acabar con la sistematización de estilos y con la limitación y obsesión reiterativa en la elección de tonadas con las que presentarse al público, que cada día se due-le más de esa rutina, de esa constante repetición de letras y estilos que llegan a hastiar a quienes los es-cuchan de continuo; para suprimir los que ya se han hecho insoportables en reuniones joterías y en toda clase de actos donde la Jota suena con la mayor pro-digalidad —a veces excesiva y perjudicial— con que se nos brinda en Aragón; porque precisa recordar las tonadas antiguas olvidadas, y porque hay que de-fender la pureza y la dignidad de la Jota es por lo que, poniendo fin a esta conferencia, nos dirigimos a los representantes de las Casas de Aragón aquí reunidos, invitándoles a colaborar con nosotros, em-ppezando porque allí donde funcionen cuadros de Jota se realice una labor educativa que vaya acompañada de la rigidez necesaria para que la Jota sea interpre-tada con toda fidelidad y libre de todo vicio o defecto. Hay que contar también con Aragón con sus gene-raciones jóvenes, con los pueblos y con las autorida-des. Es preciso que de este Congreso surja un mani-fiesto que llegue a todos los rincones de Aragón, si-milar al que hace ocho años lanzamos «Los Amigos de la Jota», en Zaragoza. Y debemos contar, a la vez, con la valiosa ayuda de la Escuela Municipal de Jota, con el apoyo de los directores de todas las

agrupaciones profesionales que existan en las tres provincias, con la colaboración del Ateneo de Zaragoza, donde se iniciaron las campañas de exaltación, y con la Agrupación Artística Aragonesa, ese magnífico centro cultural, de arte y de confraternidad social, que cada día se supera y constituye uno de los más legítimos orgullos de la vida zaragozana.

Sirvan estas últimas palabras a modo de conclusiones, y quiera Dios que la celebración del I Congreso Nacional de Casas de Aragón marque la iniciación de la nueva cruzada en defensa de la Jota Aragonesa, y que en el próximo a celebrar podamos congratularnos del éxito de una empresa que en este día me atrevo a dar por juramentada.

Conferencia pronunciada por
D. Bonifacio García Menéndez
sobre el tema
Aragón en la Economía Nacional
en el salón de sesiones de la
Excma. Diputación Provincial de Zaragoza
el día 9 de Octubre de 1959
con motivo del
I Congreso Nacional de Casas de Aragón

Excmos. e Ilmos. Señores,

Señoras,

Señores:

He sido observador del desarrollo de este I Congreso Nacional de Casas de Aragón, en el que los representantes de todos los aragoneses esparcidos por diferentes regiones españolas ponen la traza y el sentido del alma aragonesa, que se halla vinculada absolutamente a nuestra vida. Tengo la necesidad de evocar los tiempos en que Aragón se caracterizó como conjunto de bienes espirituales y económicos, y para ello he de recordar que es aquí, a la orilla del Ebro, donde tantos y tan universales acontecimientos acreditaron nuestra importancia como país, y se reunieron las primeras Cortes, se creó el sistema llamado parlamentario, de estilo discursivo; arte del diálogo y virtud de entendimiento.

ANTECEDENTES DE UNA ECONOMIA ARAGONESA

Estos aragoneses en el seno de una reunión y en un desarrollo de sentimientos e ideas, están dando la sensación de ser dignos hijos de aquellos otros hombres que en una sesión semejante a ésta, en la primera sesión de la Real Sociedad Económica de Amigos del País, de Zaragoza, para empezar a actuar y ocuparse de servir a la Nación y a su país, escuchaban el dictado del portentoso cerebro, el gran pró-

cer, el ilustre canónigo D. Ramón de Pignatelli y Moncayo, que en aquellos tiempos concibió con rasgos geniales todo un programa de economía aragonesa, española, de ambición europea. Estas reuniones nuestras me han hecho concebir la idea y la esperanza de que estamos asistiendo a un auspicio de renacimiento aragonés, de renacimiento español. Precisamente en este tiempo que todos los problemas de tipo material, denominados comúnmente «problemas económicos», cuando el desarrollo de la vida es tremendo y las cosas de la producción se han agigantado en forma que nos debe enorgullecer. Me ha parecido o he entendido creer que, sin embargo, por encima de todas estas cosas, que nos impresionan tanto, se impone el deber de los recuerdos, la repetición de la vida y de las ideas de nuestros antepasados, y, precisamente, de D. Ramón de Pignatelli, que es popular y consagrado por su gran decisión y por su sentido creador y admirativo de la ejecución y terminación de las obras del Canal Imperial de Aragón.

No es que ese aspecto sea el más importante de su vida, como lo demuestra su genial proyección en la primera sesión de la Económica del País, en la que se expresó diciendo:

«Caudales y primeras materias, es error el más clásico sospechar pudieran faltar en este suelo. Cuando no ignoramos cómo enriquecemos (aunque me avergüenza el decirlo) por nuestra desidia a las demás naciones. Y lograda la protección de la superioridad, sobrando el talento, honor, caudales, primeras materias y siendo ya notorio al público que hoy se han congregado en esta sala tanto ilustre aragonés, ¿no mantendrán éstos el honor de sus antepasados que les hizo la Europa toda, según hallamos en sus historias?

A fuerza de ser vencidos por los acosos del tiempo, hemos de vencer hoy a nuestras émulas naciones,

en la agricultura, artes y comercio. Ellos han arrancado de las entrañas de nuestros montes los preciosos minerales, con sus artefactos han envilecido nuestras fábricas y oficios, enriqueciéndose particularmente desde las providencias que tomó la Francia el año 1664 para el establecimiento de su comercio y arruinar nuestros tejidos. Justifica este hecho Luis Sabary cuando dice que José Vanrobais propuso establecer la fábrica de Abreville a la hechura de los paños de España, prueba evidente del crédito de nuestras manufacturas en aquel tiempo y por la buena fe propia de nuestro carácter todavía les franqueamos a su albedrío nuestros preciosos frutos. No será así en lo sucesivo.

Así como Damián de Olivares hizo ver al Señor Don Felipe III la falta de primeras materias que tenían las fábricas de sedas y lanas, por los daños que padecían éstas y el comercio de Castilla, esta Sociedad sin duda persuadirá a nuestro amado monarca Carlos III cortarse de raíz el origen de las causas que han destruído las nuestras y si con las prohibiciones de 26 y 78 de géneros extranjeros y extracción de materias de primera necesidad, ya nuestras fábricas se restablecieron en parte aniquiladas después por las guerras.

Los cautos alemanes y sagaces franceses que han disfrutado por tantos años las minas de cobalto y de alumbre, no dejando sino una triste memoria de nuestra ignorancia, despídanse para siempre del Valle de Gistau y del partido de Alcañiz, pues esta Sociedad hará ver, no solamente al Gobierno sino al público, las utilidades que del trabajo de estas minas y de otras de que abunda el reino, pueden sus patriotas disfrutar. Conténtese el alemán con la única de cobalto que se conoce en Europa, en la Sajonia, y si es inferior a la nuestra en abundancia y calidad,

lleve con paciencia su desgracia, permítanos sin zozobra disfrutar la nuestra. Continúe el francés a fuerza de trabajo y de solicitudes lograr el alumbre que los italianos, más cautos que nosotros, quieren concederle de la suya de Civitavechia, pues ya que nuestro mineral es tan precioso para tintes y otros usos, lo necesita Aragón por el aumento de sus fábricas, y la España entera.

Que el cobalto y el alumbre siguiendo las mismas instrucciones que han publicado algunos, entre nuestros codiciosos usurpadores, sabrá esta Sociedad emplearlos en sus porcelanas, blanqueo de lienzo, tintes de sedas y lanas, siguiendo a los señores Macquer, Elliot, Montigni y Millay, en sus obras adaptadas por la Academia de Ciencias.

La educación e industria reinará en nuestros artesanos y la buena fe en el comercio aumentará ya sus progresos.

Para estos caminos que abrirán el paso al extranjero, ¿servirán para nuestra confusión o para la suya? ¿Vendrá éste a hacer irrisión de nuestra ligereza en un proyecto de tanta importancia? ¿Vendrá a celebrar nuestra pereza, la emulación mal entendida que confunda, abraza o divida esta Sociedad por una infeliz cavilación originada por las pasiones y fines particulares?

¿Vendrá, finalmente, a utilizarse de las noticias que el celo de algunos le franqueen, aburridos de no verse apoyado por sus consocios? ¿No ha de hallar en nuestras costumbres la urbanidad y la dulzura en el trato de Cicerón, Richardson y Adison quisieron enseñarnos en sus excelentes obras, cuando Fenelón, nos pintó de envidiable en talento, y Muratori en su tratado de la pública felicidad?»

Podría sumar a este antecedente otros muchos, que prueban la superioridad y la anticipación de nuestros hombres e instituciones a lo que actualmen-

te se está convirtiendo en realidades. La Real Sociedad Económica de Amigos del País, la Casa de Ganaderos, la Asociación de Labradores, el Ateneo, Cámara de Comercio y Agrícola, etc., etc., han sido durante decenios quienes sembraron la mentalidad y el ambiente de fundamentos morales, de razones y doctrina social, para las mejores conquistas hacia el progreso.

Aragón se encaraba a Europa y decía a los alemanes, a los holandeses y a los franceses, que ya estaban iniciados en el proceso de industrialización, de la manera de fabricar tejidos y de explotación de minas que teníamos en Alcañiz, y qué riquezas humanas teníamos en los Pirineos.

Lo mismo sobre las sedas y los tejedores, que de escuelas e iniciativas repartidas por el antiguo reino de Aragón. Hasta dónde se podía y se debía llegar teniendo a nuestro haber un inventario y un catálogo de cualidades, una base económica, si además de eso teníamos fe, amor, piedad, honor y talento. Pignatelli pedía a los aragoneses una decisión y un emprendimiento de tareas que debieran haberse seguido atendido y no descuidado en fines del siglo XIX y en los comienzos del siglo XX, ya que lo que convenía era ser una nación europea, pero no sólo para estar formando parte integrante entre las demás de Europa, sino quizá —y esto no creo sea un arrebató de patriotismo y un sentimiento exaltado de mi amor a las cosas de Aragón y de España—, para ser una nación directiva de Europa, trasladando a sus naciones lo mejor de España, ahogando y extirpando todos nuestros vicios y errores. En el sentido de la administración, el gran valor de nuestro derecho consuetudinario, de nuestras costumbres; sentido cristiano y universal de la vida, y haber puesto en conjunto todos los esfuerzos y todas las cosas para realizar el

milagro que no hemos realizado y que hemos de realizar: el milagro de Aragón, el milagro de España.

Nosotros estamos en el caso de hacer una reflexión acerca de cuál puede ser el aporte o la contribución económica al total, al conjunto de bienes e intereses de la Patria.

Estamos convencidos de que Aragón, físicamente, geográficamente, es un territorio que no puede caracterizarse como pueblo definido, pero no es la geografía, no son las montañas, ni los valles, precisamente, lo que constituye nuestra vida; lo que nos tiene que orientar o nos tiene que definir es el espíritu de nuestra obra anterior, la creación de intereses y de cosas que tengan una significación en el futuro de Aragón y de España.

Nosotros, que tenemos una definición histórica y geográfica de Aragón, no nos conformamos con eso. Nosotros sabemos poco de historia de Aragón, porque además no nos cumple ni nos va ese servicio de la historia y de hacer un poco de historicistas. Creemos que Aragón ha tenido varios confines, que ha tenido épocas en que sus fronteras han sido más dilatadas. Que Aragón ha sido una nacionalidad mediterránea, una Inglaterra de otros tiempos.

Una nación que ha hecho el comercio, que ha influido poderosamente en la cultura.

Y nosotros hemos de aperebirnos de que lo más importante son las cosas de tipo regional.

No menos importante la relación que puede existir entre nuestra conciliación con respecto a las otras regiones. Somos hermanos de la región vasca, que significa la tradición constante del Norte de España. Somos hermanos de Cataluña, que es la región que representa la laboriosidad, que representa la expresión alusiva de la civilidad y de la cultura, y si nos hemos quedado durante muchos tiempos «como un barranco» entre esas dos regiones, gracias y por culpa de la estepa de este valle del Ebro, que más allá

de sus orillas, espacio sobre el que imperaron todos los vientos, y haciendo difícil la vida a todos los vegetales y a todas las criaturas. No estamos en el caso de ser inferiores, social y económicamente, entre el país vasco y Cataluña.

Debemos saber si hemos de aprovechar o no esta gran coyuntura de la economía de España, y a eso hemos venido a este Congreso, para referirnos muy ligeramente al estado económico. Todos ustedes están informados perfectamente, a través de las Cámaras y de grandes y voluminosas Memorias de Bancos, de las revistas de información económica, de los grandes servicios de Prensa. Es decir, que cada español sabe en cantidad y por orden de proporciones y de simetría, cómo van y cómo no van las producciones agrícolas e industriales. Definir la actualidad de Aragón, desde el punto de vista agrícola, recordando que los viejos regadíos aragoneses constituyen siempre el guión, la bandera y la cifra más alta de la producción agrícola. Nuestra ribera del Ebro y las riberas de los afluentes han sido de potencial agrícola mayor de España. Hemos sido los cultivadores de los mejores trigos, de los vinos exquisitos, de los más finos aceites y de ricas frutas; hemos sido los creadores de la gran producción de remolacha azucarera: Rodríguez Ayuso, Otero, Díaz Alonso y los labradores de Zaragoza lucharon contra la geografía casi imposible para establecer la industria azucarera, creada a principios de siglo, cuando la industria y la industrialización constituían una novedad y una audacia de nuestra sociedad. Era preciso que para crear una industria en Aragón se sacudieran las gentes sus «gavetas», que invirtieran sus ahorros; obra y esfuerzo de la comunidad, de la iniciativa particular de grupos de familias, para acometer una empresa, las empresas más importantes, que han enriquecido y caracterizado a la Zaragoza posterior a la Guerra de la Independencia, después

del período en que nuestra ciudad era una población de labradores, una ciudad de pobreza de grandes valores espirituales; por ello, las grandes industrias tuvieron que asimilarse al gran desarrollo de Europa. Eso fue obra de unas cuantas familias, fue obra de unos cuantos hombres, que teniendo un sentido de lo económico distinto del que se tiene actualmente, valor patriótico, un valor moral extraordinario. Esta conducta está vinculada a las gentes a crear industrias que tenían relación con nuestros bienes naturales y con nuestras cosechas. La industria azucarera se creó en Aragón con el esfuerzo económico de nuestras gentes, que perdieron sus inversiones a cuenta de que el desarrollo de la industria los pusiera a la cabeza como productores de azúcar, para salvar a la Nación de la pérdida de las colonias.

VIEJOS Y NUEVOS REGADIOS

Estamos en vísperas de que los viejos regadíos den su paso a los nuevos regadíos. Porque nosotros, que podemos contar de los viejos regadíos con casos ejemplares, como el Canal de Tauste, que es el primer canal que se construyó en España en el siglo XV, construido sin la ayuda de nadie, porque entonces no había grupos de banqueros, no había financieros, ni siquiera Estado protector y providencial.

Con la colaboración de los vecinos de Fustiñana y Cabanillas hicieron un canal. En los tiempos en que aquellas gentes no tenían noción del exterior, y se informaban a través de cuatro noticias que llegaban en gacetas o por procedimientos muy lentos; aquella gente hizo un canal cuando el trigo valía unos céntimos, cuando la propiedad no ascendía de precio por este hecho fomentador de la riqueza. Aquella gente era sobria, digna, humana, creyente, creyente de verdad, sudaba y trabajaba, y acertaba

adelantándose en siglos a lo que todavía tenemos que terminar nosotros. Se pudieron permitir el tener poder de adquisición sin abandonar la pobreza. No pensaban, como nosotros, en el dinero, en las riquezas, lo hacían por todos, por la riqueza colectiva. Tenían en el instinto de progreso, natural inclinación a la solidaridad; eran amantes de la belleza y de la fecundidad en el campo, de crear riqueza, eficaz aporte humano a la economía. Tenemos muchos precedentes como el de Tauste, de pantanos locales y regionales que como la Estanca de Alcañiz y el Pantano de San Bartolomé y los riegos de Sádaba, proyectados y realizados por un párroco, uno que residía en Sádaba. Tenemos el ejemplo de que en sociedades, en ocasión y circunstancias que nuestros pueblos eran mucho más pobres que ahora, construían y hacían cosas para crear riquezas. Teníamos la educación y la moral de un país progresivo.

Nosotros ahora nos encontramos con una evolución cambiante de nuestras cosas, con el fenómeno de la colonización de grandes extensiones del suelo, nos encontramos en situación de que todas las cosas que son base y objeto de nuevas producciones están en el momento de orientarse hacia su plena realización. Por eso, el que esta actualidad consecuente a nuestro pasado queremos transmitir a los aragoneses que viven en otras regiones y que tienen un conocimiento meramente informativo del problema, como quienes viven en la región y lo tienen de una manera más directa, a fin de que se impregnen de un poco de este sentido de entusiasmo, de este sentido de ver que tenemos todos los aragoneses para evitar que todos los grandes sacrificios que el Estado español ha hecho por redimir con sus medios, con sus recursos extraordinarios, no sean extinguidos y puedan anular las dificultades que con una resistencia tradicional hubo siempre en Aragón contra las obras de riego, con una resistencia a entrar dentro

del movimiento evolutivo de ideas y de intereses a que obliga este fenómeno social y económico.

Los nuevos regadíos que hay en Bardenas constituyen una zona de 22.000 hectáreas de regadío, y en Monegros, hasta la altura de la Sierra de Alcubierre, hay 140.000 hectáreas de potencia, y se están construyendo obras para llegar a que sean en total de 175.000 a 200.000 hectáreas.

Estando en vísperas de que entre las zonas de Monegros, Bardenas y provincia de Huesca se pueda producir, por ejemplo, toda la remolacha azucarera que actualmente se obtiene desde Miranda de Ebro a Zuera, coincidiendo con una época decadente de este cultivo, que amenaza los intereses económicos de Aragón, Navarra y Rioja. Se duplicará la producción de harina en Huesca, y casi en Zaragoza, y que aumente extraordinariamente la producción de plantas textiles y de frutas, que han de crear un complejo industrial formidable. Hay gentes responsables, intelectuales, inteligentes, que están obligadas y que forman en cuadros, en líneas, que tienen relación con el problema, y no creen; existen muchos aragoneses que no creen en el gran poder de esta obra esperanzadora, a diferencia de lo que les ocurre a millares de aragoneses que se hallan lejos.

En Aragón hay gentes que no creen, porque no tienen fe en sí mismos, porque son incapaces por sí mismos de crear ni de hacer. Y esto que los nuevos regadíos, porque no quiero decir en qué medida y en qué extensión son estas obras, porque habría de perder largo tiempo en dar innecesarias cifras y datos de las mismas. Actualmente hay que estimular al Gobierno a terminar las de Bardenas, para que en Cinco Villas, en el año 1961, puedan regarse 60.000 hectáreas.

DE LOS PIRINEOS AL EBRO

Conozco la historia industrial de Cataluña y sé que el canadiense Pearson y el aragonés Carlos Montañés proyectaron hacer una Barcelona más potente, creando riegos y fuerza y una potencialidad industrial que es de lo más importante de Europa. Conocemos el desarrollo industrial del Noroeste de España... Todo tiene relación con los Pirineos; de los senos virginales de los Montes Blancos, de los Anetos, los Malditos, de los lagos y torrenteras que se despeñan hacia las llanuras... fuerza y riqueza; del Noguera Pallaresa, del Osera, del Cinca, del Segre, del Aragón, del Gállego, etc., de esos hilos blancos y transparentes que canturrean a los pies de los pastores y que pasan por estas villas.

En la misma línea que empieza España, que es nuestra vida la que la empieza, está la raíz y el principio de riquezas económicas y de otras muchas presentidas y desconocidas...

Las aguas de los Pirineos van a regar hasta 200.000 hectáreas de tierra en las provincias de Navarra, Zaragoza y Huesca, para su utilización solamente con los Canales de Monegros y Bardenas.

Las aguas de los Pirineos lograrán en Bardenas en pocos años un aumento de producción remolachera de 200.000 toneladas, y en la provincia de Huesca de 470.000, lo que representa una mejora económica trascendente para España y para nuestra economía agraria.

Las aguas del Pirineo doblan las 141.000 toneladas de trigo que se molturan en Huesca, y un 40 por ciento de Zaragoza.

Para utilizar las aguas del Pirineo se emplearon caudales inmensos: en Huesca, 7.000 millones, y en Zaragoza y Navarra, la mitad.

Todo está en esta prominente línea divisoria, desde la que durante muchas generaciones hizo el cli-

ma su cambio desconcertante, hasta los Pirineos, la región europea, húmeda, lluviosa y fértil. Desde los Pirineos hacia abajo, la sequía, la estepa y la ruinosa siembra de secanos, sin obtener cosechas.

Gracias a Dios, el Gobierno del General Franco prosigue la «Operación Aragón» para crear una potencia agrícola, hoy nada comprendida, que en su día permitirá que los españoles vivan una existencia mejor, más económica que otra protección que sea menos interesante.

De los Pirineos al Ebro están comprendidos todos los motivos para el renacimiento de Aragón y de España; esto lo debemos aprender los españoles y, sobre todo, los aragoneses.

Al fin y al cabo, la vertiente pirenaica es la que tributa excesivamente el caudal de nuestro río, padre de Iberia, hilo que definió la unidad española. La significación y el valor hidrográfico de nuestros ríos no es bastante: ellos son sustancia del hombre y de los pueblos.

Costa dice: «La Historia tiene que clasificar al Ebro entre los grandes ríos civilizados, al lado del Eufrates, del Nilo, del Tíber, del Támesis y del Sena. Es el más caudaloso de la Península; tiene delta como el Nilo e historia gloriosa como el Tíber; es navegable como el Támesis de Londres y el Sena de París; sirvió para dividir la España romana en dos partes, la Citerior y la Ulterior; en sus orillas nació el sistema parlamentario, juntándose en Cortes antes que ningún otro pueblo de Europa; en sus orillas tuvo origen y se desarrolló el derecho internacional moderno, con Pedro I y Fernando II; de ellas salió, que no del joyel de la Reina Católica, como pregona la leyenda, el dinero que necesitó Colón para descubrir la América; ha sido el gran antemural de las invasiones septentrionales; en los albores de la Edad Moderna ha detenido a Napoleón; corre desde el Atlántico al Mediterráneo, como si trazara el rumbo de

la civilización moderna, de Occidente a Oriente; cruza todos los climas, naciendo en la región de las nieves perpetuas y muriendo en la región de la palmera y del naranjo; tiene a un extremo el puerto de Pasajes y en el opuesto el Puerto de San Carlos de la Rápita, dos de los puertos mejores de Europa, y en la cabeza y en la desembocadura las dos razas más laboriosas de la Península: la raza vascongada, representante de la tradición, y la raza catalana, representante del progreso; y en el centro, Zaragoza, con su maravillosa vega, creada artificialmente en medio de la más estéril de las cinco estepas españolas, como para demostrar de lo que es capaz la virtud creadora del agua.

Esa nueva España en que soñamos, más grande que aquélla del Renacimiento, descubridora de mundos, inventora de ciencias, creadora de naciones, y en cuyo eterno murmullo, de pradera en pradera y de salto en salto, irán confundidos nuestros hombres, en un himno de agradecimiento, porque supieron convertir en taller bendecido por el trabajo el suelo de la Península, que hasta ahora sólo había sido un campamento y evocar del sepulcro a este pobre Lázaro de las naciones, juntamente con sus huesos, y vistiéndolos de piel y carne y vertiendo en sus venas desnudas la sangre de los ríos y haciéndola aparecer más esplendorosa que nunca, para que Europa advierta que somos europeos.»

El Estado, en la «Operación Aragón», en la gran obra transformadora de los viejos Monegros y de Bardenas, está operando en una realidad nacional gigantesca, que representa para un futuro inmediato una producción superior a los 5.000 millones de pesetas por año de más sobre las producciones actuales, en beneficio de 750 millones de pesetas, después de haber amortizado el 50 por ciento del gasto de unas obras que se sobrepasa a los 1.500 millones y, por consecuencia, un decenio representa el principio del levanta-

miento económico, entendiendo en los límites de nuestra región a un conjunto geográfico nacional: al nacimiento de las aguas en el Cantábrico, en las montañas de Asturias y hasta Ampurias, hasta Cataluña. Nosotros somos hermanos de los catalanes y de los baleares y valencianos, porque Aragón está en Cataluña y para saber algo de Aragón hay que ir al Archivo de la Corona de Aragón, a Barcelona y a Valencia; para hallar un excepcional escenario de antiguo reino, algo de lo que es el sentido de tradicionalidad, hay que ir a Navarra y a las montañas del país vasco.

Nosotros no podemos ser aragoneses de regionalismo; hemos de entender nuestros valores históricos y morales para ser aragoneses de universalismo. Tenemos que levantar la Historia de Aragón y nuestras verdades. Estamos en el momento, precisamente ahora, en que todo el mundo habla de economía, y se habla pródigamente y con hipocresía de esas cosas que casi nadie entiende. Y debemos decir que la base de la economía no es el dinero. No es éste el primer valor económico de la sociedad; no es el capital o la oscilación del volumen de moneda que circula el que ha de dar el sentido de progreso a la sociedad y el hombre, aunque ésta sea la razón que explique el equilibrio entre los demás valores.

EL FACTOR HUMANO EN LA ECONOMIA

La economía aragonesa y la de la sociedad española es el hombre, es el hombre con su idea, es el hombre con su fe, con sus esperanzas.

El hombre, con su salud y su energía, con su empuje en interpretación de las leyes de la Naturale-

za; el hombre que sea capaz por sí mismo de crear algo; ése es el primer valor económico. Podemos haber llegado por consecuencia de subversiones, de guerras y de dificultades gracias a las cuales todos los vicios de egoísmo y la falta de patriotismo nos hicieron llegar a lo que la gente llama inflación. Inflación, que es el crecimiento desmesurado del gran arbusto de la economía de la sociedad, sin que haya sido evitado por circunstancias y por trances y dificultades más apropiadas y constantes. Y eso que denominaron los que saben o dicen que saben de economía, inflación, eso es inmoralidad.

Un fenómeno económico, una manifestación de que el hombre estaba abismado en la inmundicia y entregado a la falta de fe y a la falta de conciencia y de civismo, y abusando de las dificultades y de las miserias creadas por las luchas que los españoles han sostenido para dirimir un problema que le interesaba al mundo: vivir en sociedad caótica permanente o lograr un orden sobre el cual la proyección de un futuro fuera posible.

A consecuencia de esa gran guerra en que España definió ante el mundo cómo defendía la civilización occidental a costa del precio de la sangre de sus hijos, el cúmulo de necesidades artificiales no es inflación, eso es inmoralidad, que no pudo ser dominada, que no pudo ser corregida con la ortopedia y la acción coercitiva, constante y vigilante de los organismos del Estado, que quería que la sociedad no muriese de hambre ni estuviese desnuda en los tiempos difíciles. Esa fuerza legal que no pudo con la picaresca de los Rinconetes y Cortadillos, con esa picaresca de tanta gente organizada para llevarse las diferencias escandalosas de los precios excesivos y sobrantes.

Ese fue un desarrollo de la seta infame, de la seta vergonzosa de la inmoralidad de la sociedad y del hombre, y contra esto estuvo siempre, en el fondo de la conciencia colectiva, la gente aragonesa de pro.

Nosotros tenemos precedentes suficientes, tenemos motivos para poder encararnos a la sociedad desde cualquier punto de vista, tanto desde el punto de vista personal como público, para recordarles a los economistas y a los financieros y a los hombres que en cada esquina y en cada momento nos están asaltando con sus preguntas sobre economía, para decirles: no estamos enterados, no queremos saber nada de «economía» y queremos saber la economía que sabían los comerciantes de Aragón cuando aparte de acoplar mercancías para llevarlas a Ultramar, para llevarlas a Oriente, se construían y se costeaban sus propios navíos, sus potentes bergantines; se aseguraban sus mercancías con una pieza artillera que llevaban. Tenían que ser guerreros y llegaban al final de sus viajes y eran depositarios de sus mercancías y además de establecer sus tiendas con sus mercancías que habían sido adquiridas, que habían sido transportadas, que habían sido fletadas con su sudor y su esfuerzo, plantaban una capilla o una escuela o un consulado de mar. De esto, de política comercial con América sabemos mucho los aragoneses, los mallorquines, los valencianos y los catalanes, porque eran hombres del mismo cuadro económico y de la misma formación que la nuestra.

COMERCIO E INDUSTRIA

Habiendo sido capaces de correr el riesgo, hemos sido capaces al hacer comercio y de ir por los mares buscando a nuestros clientes, sin ninguna ganga, sin ninguna ventaja, con peligro de perder la vida, de perder la mercancía y de perderlo todo. ¿Cómo vamos a quedar convencidos de un comerciante que no sabe lo que es comercio, porque ha surgido dentro de la creación del «hongo inmoral de la inflación»? Entendemos que se le pueda decir «¡No, señor!». El comercio y la agricultura, la industria y todas las actividades humanas tienen que partir del hombre,

del hombre aragonés, del hombre que es capaz de crear y aportar algo; nosotros, en Aragón, nuestro aporte económico, hasta hace veinte años, ha sido labor de industriales, desarrollo heroico de industrias que han nacido en una planta baja. Porque Zaragoza es el ejemplo de las industrias que tienen más importancia, que han nacido del esfuerzo de una familia. En Zaragoza, las más importantes industrias y aun las más modestas, creadas estos últimos años, han sido producto de la genialidad y esfuerzo de hombres que sin ninguna ayuda han podido llegar a montar la importancia y el desarrollo de sus talleres. Tenemos que pensar que somos capaces de sobrevivir y crear, para montar sobre el fenómeno económico que la gente llama de «la devaluación», de la «transformación» de la moneda como valor expresivo y valor útil de todo el desenvolvimiento económico de la sociedad; esto, al ser así, agota y liquida las diferencias excesivas y convencionales, creadas por la falsa economía. Tenemos inmediatamente el proceso natural de bienes en las zonas de nuevos regadíos, y tenemos que prestar no solamente la curiosidad y la atención que se deben fomentar, para que las gentes vayan por esas zonas a visitar los pueblos y a visitar los riegos. Para crear la economía agraria nueva. Para hacer mayor nuestra industria.

RENACIMIENTO: NUEVA MENTALIDAD

Y hay muy pocos aragoneses y muy pocos españoles que no tengan interés y pasión por esos grandes problemas; hemos de asistir, hemos de conocer esos problemas, tenemos que concurrir a los problemas, tenemos que darlos a conocer. Me hallo dispuesto, de acuerdo con mi ilustre amigo Sr. Lázaro Irache, de Barcelona, a ir a la Ciudad Condal a explicarles a aquellos miles de paisanos lo que podrá ser, si queremos, el Canal de Bardenas; otro día iré a Valencia a explicar qué es el Canal de Mone-

gros y si es preciso, pueblo por pueblo, y plaza por plaza, y hombre por hombre; que nada es verdad si la verdad es una verdad que no se conoce y se adultera. Hay en potencia una gran economía de Aragón que España debe esperar. Tenemos que salir de la fácil actitud que hemos creado durante años, al amparo de los intereses materiales; tenemos que tener valor cívico, tenemos que gozar de un sentido profundo de la responsabilidad; tenemos que ser dignos, como decía Pignatelli, y tener valor, porque teniendo talento, teniendo dignidad, no hay ninguna empresa imposible ni difícil. Porque yo cuando veo los problemas y las vicisitudes de España y de Aragón, que son muchos, y oigo a personas que con frecuencia tienen el privilegio y la suerte de ir a Alemania y vuelven diciendo que allí han obrado un milagro, yo me río de esas «papanatadas», de esos viajeros tan simples, tan poco trascendentes, tan poco reflexivos que creen en Alemania, donde no ha habido ningún milagro; sólo puede haberlo cuando descubre y pone a las criaturas humanas frente a la revelación de la acción divina. No es lo de Alemania un milagro. Es obra de hombres, de voluntad, de organización honrada. En Alemania lo que ha ocurrido después de la guerra se definió y se resolvió con el problema de la moneda: rebajando su valor convencional al efectivo y elevando la condición del hombre, dispuesto a no morir en la miseria.

Después de perder seis millones de hombres y desmontar cientos y cientos de fábricas y de industrias, para calmar la voracidad demandante de las naciones acreedoras que pedían en reparaciones, existía, por ejemplo, uno entre millares, igual a todos, que había sido dueño de tres automóviles y de cinco casas en Berlín, que debajo de las chapas de un cobertizo y con una máquina de escribir prestada, empezó a escribir a sus clientes cartas que decían, poco más o menos, lo que voy a decirles a ustedes:

«Muy señor mío: Yo soy el fabricante de tornillos (o yo soy el fabricante de la máquina tal); yo he perdido toda mi industria y su equipo, y tengo mi nombre y tengo mi propósito de continuidad para salvar esta catástrofe, y aunque he perdido a mis hijos y mi familia, quiero empezar a servir a mis clientes. Espero volver a disponer de las máquinas para dentro de seis meses y solicito la confianza de usted y sus pedidos. Los precios que cobraré no serán los precios que facturaba durante la guerra; cobraré mucho más; por unidad, el cuarenta por ciento más; pero tengan en cuenta que la diferencia que yo les ponga en mis facturas entra el precio de coste, y el valor que yo espero percibir será una prestación de capital de usted, una parte conómica de ayuda que me concede, y cuando yo haya empezado a producir mejor y esté en condiciones de trabajar normalmente, le devolveré el capital que usted me ha prestado en esta forma, para poder ser industrial, y lo devolveré con mi gratitud, reconociendo que mis clientes han vuelto a poner la base de la firma tal o de la firma cual.»

Ese es el milagro de Alemania. El milagro de Alemania es que el alemán es un hombre ni mejor ni superior a nosotros, de buena voluntad; los alemanes, los aragoneses, los franceses, todos los hombres que han nacido de madre y son criaturas semejantes a Dios, deben vivir recibiendo constantemente la inspiración de la razón y la responsabilidad.

No hay alemán, ni inferior ni superior, que tenga privilegios morales o el espíritu más largo o más corto; es cuestión de moral, de patriotismo, de creer o no creer; es cuestión de subordinar, de tener cariño a las leyes y las normas, de salir de este error en que hemos vivido mucho tiempo, gozándonos en mentir y en no cumplir con los respetos que merecen nuestros semejantes, el dinero y todos los valores. La sociedad puso altas a gentes y a personas que no

debían de haber recibido ninguna consideración, dado que toda la importancia económica de dichas personas ha sido producida a costa de la carestía del hambre y de la miseria, que el Estado, a pesar de ser aparato coercitivo, no ha podido cortar. Quiero para Aragón y los aragoneses y todas las Casas de Aragón y todos los hombres de Aragón, aunque se diga que es imposible y aunque me digan que yo estoy soñando o que soy un intruso o iluso, porque a pesar de que vivo en un destierro voluntario, ya que todos sabéis que resido en un rincón de Gallur, en un rincón de la sociedad, muy a gusto, no porque no sea sociable ni tenga afecto y cariño a las personas, sino porque se está mejor lejos del mundanal ruido. Estoy seguro que si nos ponemos de acuerdo los aragoneses y las Casas de Aragón y los de aquí, en este I Congreso Nacional de Casas de Aragón, en sus conclusiones adquiera una definición social, una definición política, no tan baja ni tan pobre que no vaya a reducirse solamente a los propios problemas domésticos y administrativos que tienen una gran importancia, sino más que vaya o me vaya a convertir cada Casa de Aragón en una especie de Consulado constante y activo; es más, si pudiera ser una población viva de profesiones e industriales, de forma que en Barcelona, en Lérida, en Bilbao, en Valencia, en Madrid, en Tarrasa, etc., el que tuviera necesidad de hacer una gestión o de hacer una cosa de tipo interesado, lo mismo que cultural, utilice siempre los centros sociales de Aragón. Los bienes materiales para defenderse, hacer una correlación de ideas e intereses fundados por el principio de Aragón, porque Aragón es (ya saben ustedes que el ser aragonés es doblemente españoles), yo cuando hablo de Aragón no hablo de una zona ni de una cosa geográfica aparte; no somos distintos a los catalanes y a los vascos, valencianos, etc.; somos hermanos, hemos sido influídos por la antigua Vasconia y por los

romanos, y hemos tenido las mismas gestas contribuyendo a la Reconquista, y hemos continuado a crear a España, porque tenemos el orgullo y podemos tenerlo de haber contribuido a crear a España, y en tal medida que la Historia nos concede grado privilegiado. Nosotros somos aragoneses, no somos regionalistas; nosotros somos universalistas, somos orgullosos, queremos volver a ser lo que hemos sido, queremos y debemos volver a ser tozudos y constantes.

Como el tiempo me apremia, y también la circunstancia de que los señores congresistas tienen un intenso programa de actos, renuncio al guión original de esta conferencia, evitando de esta forma el dar un extenso estudio económico de Aragón en la economía nacional, limitándome a esta charla, que más bien es un cambio de impresiones.

Esto me obliga a llegar al final insistiendo, sobre todo, en las buenas cualidades que tienen o deben tener los hombres y las entidades en Aragón, habiendo sido herederos de maestros geniales, de políticos eminentes, de patricios y de labradores, que, como los comerciantes y los industriales, prefirieron a toda distinción o privilegio social, el caracterizarse por el amor a la verdad, patriotismo y honradez.

Orgullosos del presente, confesamos que hemos ido muy despacio. Trabajar y producir debe ser la preocupación general.

Dar al trabajo agrícola unas bases de organización adecuadas al tiempo en que vivimos, de forma que el obrero agrícola pueda sumar con su esfuerzo un ingreso total al que lógicamente debe tener una familia, o suplementarlo con tierra en la que pueda estar compensado de otros ingresos. Alusión al Conde de Bernardo y la señora Bustillo, de Jaca.

Desechar, desconsiderar, conceder menos precio a quienes suponen que el campo puede soportar jornales caros, a cuenta de esfuerzos pequeños; debe es-

tar relacionado todo valor hasta llegar al costo de la producción.

IMPORTANCIA DE ARAGON EN LA ECONOMIA DE ESPAÑA

Medios para que Aragón rescate su antigua influencia en la economía nacional.

Para hallar nueva oportunidad a la economía:

Una absoluta autenticidad en todos los organismos que tengan por misión el ordenar, vigilar, administrar intereses colectivos e individuales en todas las normas y actividades.

Vigorizar la campaña para que la cooperativa de carácter provincial y otras empress que puedan surgir hagan de la riqueza frutera aragonesa una potente base de riqueza.

Evitar la decadencia del cultivo de la remolacha azucarera.

Aplaudir, estimular y colaborar en la transformación de las zonas de nuevo regadío, estimulando a la región el máximo interés en este período inicial de la repoblación interior de la provincia.

En suma, educar el país a través de la escuela, en la Prensa, en los sindicatos y hermandades, a que sepan las gentes que una labor constante con lealtad y tesón puede muy bien darnos la solución al vasto complejo económico de los Pirineos al Ebro. Para ello hay que preocuparse menos de las doctrinas económicas y poner más fe en los hechos e ideas encaminados a aumentar la riqueza.

Y esto sólo se logra, por encima de particularidades, poniendo al servicio de nuestros propios asuntos la parte de celo y cariño que merecen los intereses de los demás; con esa piedad única que es el resorte maravilloso que todo lo engrandece: la piedad y el amor a la tierra donde hemos nacido.

He dicho.

